

El Ruedo

FUNDADOR MANUEL FERNANDEZ CUESTA



2
Ptas.

IAAYEDRA



La suerte de rejonear a caballo levantado
(Dibujo de Enrique Segura)



RAFAEL, EL GALLO
contemplando la lidia
durante el festival orga-
nizado en Badajoz por la
Cruz Roja

(Fot. Emilio)

(Amplia información gráfica en
las páginas 4 y 5)

AYER Y HOY

"EL TORERO"

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO



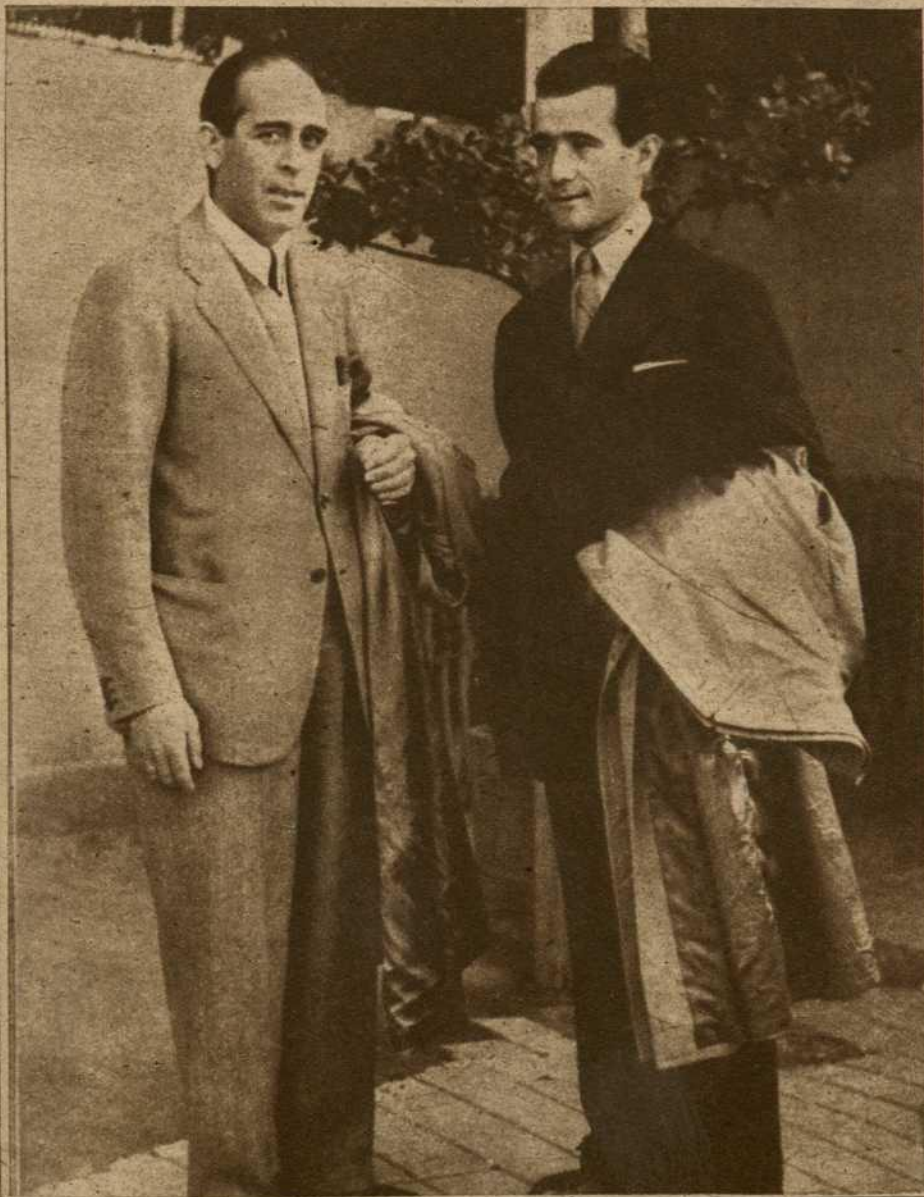
El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADOR: MANUEL FERNANDEZ CUESTA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

Año II - Madrid, 29 de noviembre de 1945 - Núm. 75



Marcial Lalanda, conversando con el novillero Fauro, que ha sido el último torero que en esta temporada recibía los beneficios del Montepío de Toreros. (Amplia información gráfica en la pág. 24) (Fot. Baldomero)



La inauguración de la temporada invernal tuvo lugar, ¡al fin!, en el último domingo. No fué, que digamos, muy brillante, ya que el único éxito de la tarde conseguido en el sexto novillo por Pepillo de Valencia fué bastante mediocre, puesto que todos coinciden en llamar «de invierno» a la oreja que se le otorgó. En cambio, hubo drama tremendo con la gravísima cogida que sufrió un banderillero apodado Pirri.

Se nos dirá que semejante desgracia puede ocurrir en cualquier clase de corrida, y en verdad ocurre, con dolorosa

frecuencia por cierto, aunque un diestro, del que recordamos tardes magníficas, haya declarado recientemente en estas páginas de EL RUEDO —y muchos lo creen así con él— que antes los toros daban cornadas, pero que hoy sólo rompen los trajes.

La dramática estadística de este año taurino, como la de cualquier otro de los posteriores a nuestra guerra de Liberación —a los que se refirió el diestro—, sea buena prueba de todo lo contrario. El peligro acecha al torero desde el instante en que su enemigo salta a la arena, ya sea un toro, un novillo o un becerro; o si no, que lo diga Gallito Chico; pero ese peligro se multiplica cuando menos toreros son los toreros, cuando la ignorancia y el desentrenamiento dirigen (?) la lidia.

Estamos acostumbrados a ver en novilladas de escasa categoría un par de subalternos, al menos, que parecen responder, con su veteranía y acabado conocimiento de los toros, de lo que pueda ocurrir en el ruedo; pero el domingo no se vió a ninguno de ellos. Tan desentrenados como los tres matadores estaban los peones y banderilleros; y como el ganado tuvo casta y genio, todos anduvieron de cabeza. Dos de los matadores fueron apatatosamente volteados, por fortuna sin consecuencias, y el pobre Pirri fué la víctima, como pudieron ser sus otros compañeros, encanecidos unos, adiposos otros, maduros todos, no en el ejercicio de la profesión —que eso les habría tenido lleno de experiencia—, sino en la amarga espera de torear de vez en cuando en alguna capea, con el afán tan sólo de ganar unos duros.

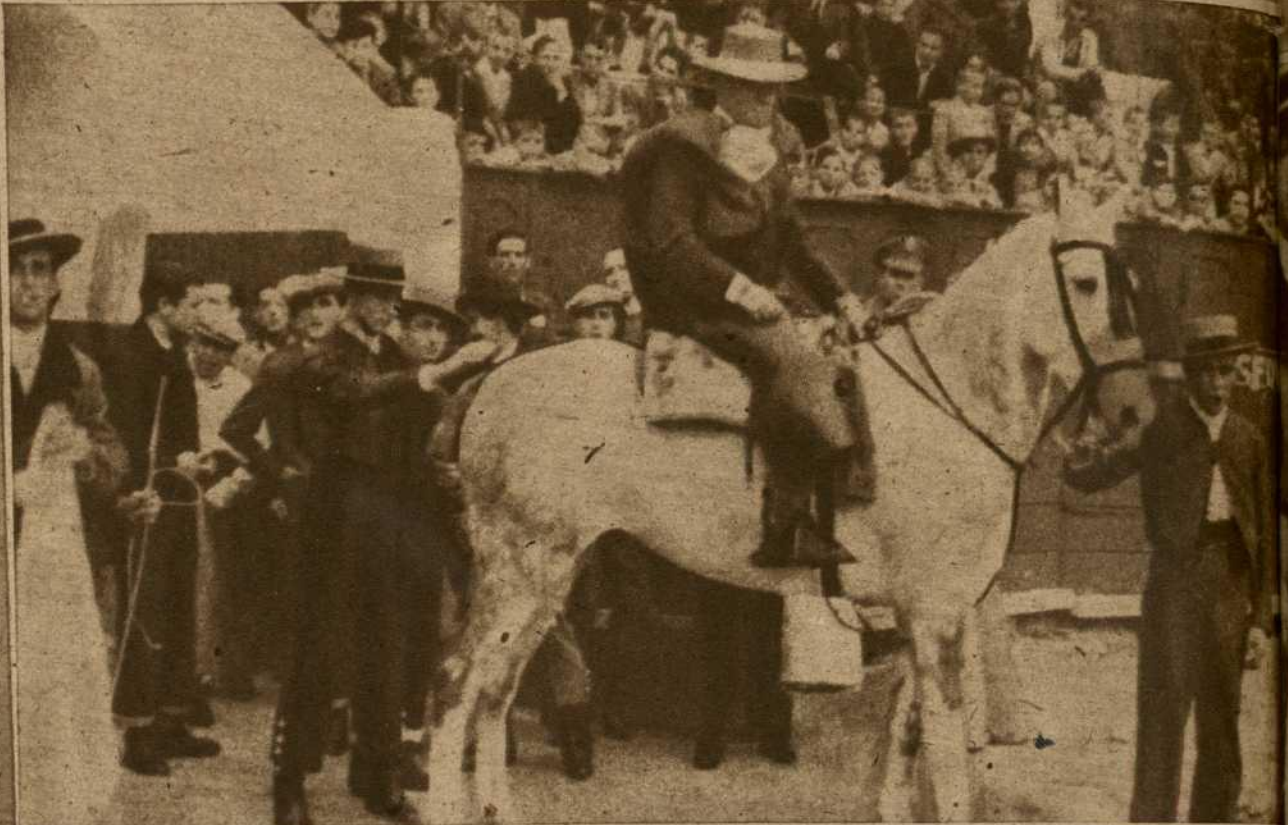
Esto es lamentable. La experiencia demuestra que el peligro disminuye cuando los diestros lo son de verdad, y que aumenta cuando ocurre todo lo contrario. El drama, sin embargo, puede surgir en uno y otro caso; pero es justo y humano rodear al segundo de las garantías posibles.

Para ello pedimos desde aquí al señor Peris, empresario de estos espectáculos invernales, que ponga él por su cuenta, o imponga, según realice los contratos con los diestros, un peón, al menos, por cada matador, capaz para dirigir la lidia y advertir a todos de los posibles peligros; porque estamos convencidos de que lo que ocurrió al Pirri no le habría ocurrido a Pinturas, al Boni, a David, al Checa, a Mella, a Michellín..., ni a ninguno de tantos excelentes peones como aun hay en la fiesta.

FESTIVAL A BENEFICIO DE LA CRUZ ROJA EN BADAJOZ



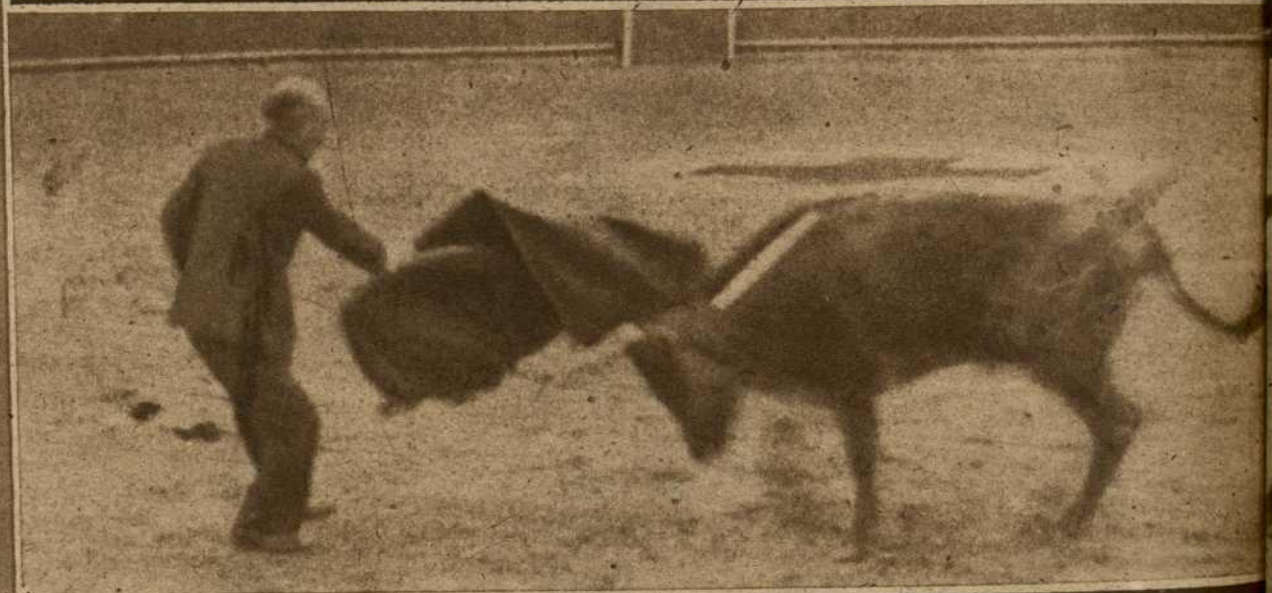
Rafael el Gallo, después de cortar las orejas de su novillo, da la vuelta al ruedo en medio de las ovaciones del público



Los matadores en la puerta de cuadrillas preparados para salir al ruedo. Al frente de ellos, la airosa figura del caballista. Es el duque de Pinhermoso, que ha de rejonear



El gitano ha dado una media estocada en su sitio que basta. El novillo dobla, mientras Rafael, con la muleta en la izquierda, contempla la escena



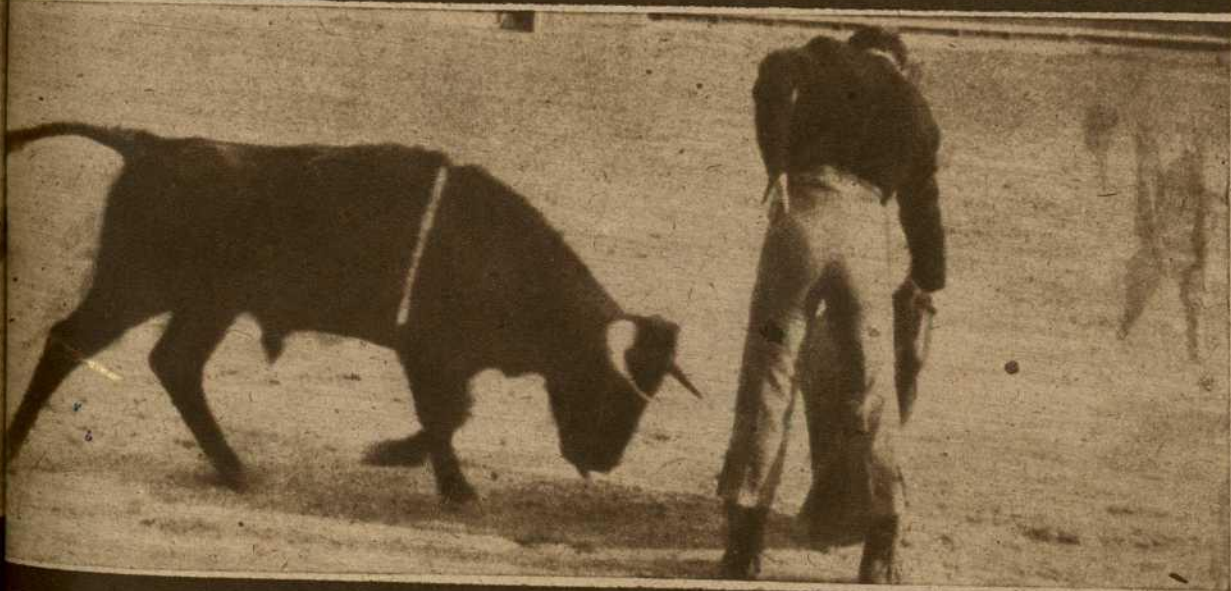
Rafael pasando de muleta a su novillo. —Abajo, a la izquierda: El Gallo viendo doblar a su enemigo. —A la derecha: Un buen par de Luis Miguel Dominguín



**DUQUE DE PINOHERMOSO, EL GALLO, SANCHEZ MEJIAS, ANDALUZ,
LUIS MIGUEL DOMINGUIN Y FELIX SANTOS**



Sánchez Mejías, Luis Miguel Dominguín, el novillero Félix Santos, Andaluz y el Gallo, dispuestos para iniciar el paseíllo y dar comienzo al festejo



Andaluz en un pase por bajo.--Abajo y a la izquierda: Pinohermoso en su toro de rejones.--A la derecha: El Gallo toreando de capa



El duque de Pinohermoso saluda al público, mientras da la vuelta al ruedo, después de cortar las orejas de su novillo



Luis Miguel Dominguín, que también cortó las orejas de su novillo, toreando a este por bajo en el festival de Badajoz a beneficio de la Cruz Roja (Fotos Emilio y Pesini)

NUESTRA CONTRAPORTADA

JUAN RUIZ, Lagartija

Por BARICO



NACIÓ Juan Ruiz en Murcia el 2 de enero de 1855. Su primer oficio fué el de armero. En 1872 entró a formar parte de una cuadrilla de principiantes y con ella toreó en diferentes Plazas de España y Portugal. En 1875 formó cuadrilla propia y como matador de novillos actuó con éxito. En una de las corridas de feria de su ciudad natal, Frascuelo le cedió la muerte de un toro, y Lagartija estuvo bastante bien. Creció su crédito como novillero, y considerándose capaz de mayores empresas tomó la alternativa en Valencia, de manos de Bocanegra, el 14 de septiembre de 1878, doctorado que le confirmó en Madrid Frascuelo el 5 de octubre de 1879, al cederle la muerte del toro Lindo, de Miura. A pesar de esto, en 1878 y 1879 actuaba como banderillero unas veces y como novillero otras. Como tal novillero hizo

su presentación en Madrid el 10 de agosto de 1879. Como decimos, el 5 de octubre de dicho año confirmó la alternativa. No tuvo suerte Lagartija, y esta actuación y una rivalidad personal con Fernando el Gallo, le perjudicaron bastante.

Fernando el Gallo había tomado la alternativa en Sevilla en 1877, cuando Lagartija era aún novillero, y aunque no la confirmó en Madrid hasta 1880, se creía con derecho a figurar en los carteles antes que Lagartija. Este pretendía que para los efectos de antigüedad sólo debía tenerse en cuenta la fecha de la confirmación en Madrid. La cuestión no se resolvió jamás. En cierta ocasión se quiso contratar a Juan Ruiz para que torease en Madrid con El Gallo. Este devolvió su contrato a la Empresa. En 1895 y 1896 torearon algunas corridas juntos y sus nombres aparecieron en los carteles formando una X. Esta rivalidad con El Gallo y el carácter indolente de Lagartija determinaron que éste fuera toreando cada vez menos. Después toreó en el Mediodía de Francia, París, La Habana (cuya Plaza llamada de Carlos III inauguró) y Montevideo. Vuelto a España, lidiando en Valladolid con El Marinero toros de Mariano Presencio, el tercero, llamado Montesino, se le arrancó cuando pretendía Lagartija descabellarlo. Cayó el matador y se hirió con el estoque en la primera falange del dedo pulgar de la mano derecha. Se le hizo una ligera cura y salió a ver terminar la corrida desde barreras. Aquella misma noche, cuando llegó a Madrid, vió que se le había inflamado el brazo. Agotó todos los recursos para no quedar inútil, pero aunque no le fué amputado el brazo, ya no pudo torrear más. En Madrid y Zaragoza se celebraron dos novilladas en su beneficio, que no dieron el resultado apetecido.

En 1912 volvió a Murcia, y allí murió el 16 de diciembre de 1926.

La Lidia dijo de Lagartija en 1882: «Es fino y elegante en el trasteo de las reses; hace quites dignos de figurar entre los primeros de la escuela sevillana; juega, recorta, entretiénese con los toros con aparente seguridad y notable sangre fría; ve llegar a las reses y no es su torreo movido, como requieren sus facultades; pasa con algún estilo de muleta y capa... Cuando le vemos levantar el estoque apenas podemos creer cómo aquella figura endeble, casi anémica, de rostro adelgazado y enteramente descolorido, pueda entenderse con el testuz de una fiera cuyo resoplido a veces parece levantar por alto el cabello del joven diestro. Se nos figura que aquel adelgazado cuerpo no ha de resistir tan fiero empuje; que aquel flexible brazo no ha de contener la dureza de los huesos, y, sin embargo, a veces Ruiz llega con la mano al morrillo, y adviértese cómo redoblados aplausos han premiado tan visible contraste.»

EL DOMINGO, EN MADRID

JAIME TORRES, MANOLO DAVID Y JOSE SALVADOR, PEPILLO, CON NOVILLOS DE ALICIO COBALEDA



Jaime Torres



Manolo David



José Salvador, Pepillo



Pepillo al iniciar una larga cambiada a su segundo novillo, al que cortó la oreja



David en un muletazo por alto a uno de sus novillos



Torres toreando por verónicas en uno de los quites (Fotos Baldomero)



Pepillo de Valencia da la vuelta al ruedo con la oreja que le fué otorgada



MACHARNUDO

Inocente
es el vino para copiar



VALDESPINO
JEREZ

DON Fernando Mario Lauria es el cónsul de la Argentina en Madrid. El más joven de los diplomáticos de su país. Licenciado —o, como dicen en Buenos Aires, egresado de la Facultad de Ciencias Económicas y oficial del Ejército, se separó de la profesión militar para dedicarse a la carrera diplomática. Desempeñó, hasta no hace mucho, la Dirección General de Administración de la Cancillería o Ministerio de Relaciones Exteriores, de la República del Plata, y aun no hace muchos meses fue trasladado a España, al puesto que hoy desempeña en la capital por encargo de su nación.

El señor Lauria está encantado de vivir en España, y ahora nos lo dice en su casa acogedora donde hemos ido a visitarle.

—Esa es la palabra: encantado. Créame: aquí me encuentro como en mi propia patria; en ningún momento me he sentido extranjero. Y no le habla ya el cónsul, sino el señor particular que en todas partes y en todos los ambientes ha encontrado la cordialidad, el deseo de la gente de ser amable...

Le agradecemos estos elogios, y en seguida nos vamos derechos al toro.

—¿Qué impresión se hacía usted de las corridas antes de conocerlas?

—La verdad es que en Buenos Aires la única idea que se tiene de la fiesta de toros es a través de las películas. Lo que quiere decir que se tiene una idea muy especial. Una de las cintas que más éxito han obtenido allí es "Sangre y arena", y, aun dentro de la falta de conocimientos taurinos del público argentino, en algunos momentos no había más remedio que reírse.

CARAS EXTRANJERAS EN EL TENDIDO



La primera vez que fué a los toros el señor Lauria, llegó a la Plaza con mucha anticipación para que nadie se sentara en su localidad. Vemos al señor Lauria, con gafas oscuras, en el tendido, junto a sus amigos

bién. Los nervios del espectador novel, como era yo, son sacudidos por una emoción indescriptible. Como le digo, acabé verdaderamente rendido y tuve que irme a casa a descansar. Más adelante, he tenido ocasión de comprobar que esta sensación de cansancio la han recibido también otros espectadores la primera vez que se sentaron en el tendido.

—¿Y qué le llamó más la atención de toda la fiesta?

—Todo, todo me cautivó. Desde el paseillo, con todos sus preliminares de alguacillos, que es por sí solo un cuadro sumamente atrayente, hasta el arrastre de las mullas. Todo, todo... menos la suerte de picar, que es para mí la única nota desagradable, y no precisamente por el caballo.

—Eso está bien visto.

—Otra cosa que me llamó la atención es el sentido de disciplina de los espectadores. Las tres personas que íbamos aquel día tenían nuestras correspondientes entradas numeradas, pero pensamos que, como pasa en otras partes, las pudieran ocupar otras personas y luego fuera difícil hacerles abandonar el asiento, nos presentamos en la Plaza con mucha anticipación para ocupar nuestro sitio. Luego, vimos, admirados, cómo cada espectador ocupaba sin dificultades su localidad.

—¿Cuántas corridas ha visto usted?

—Desde que llegué a Madrid, unas veinticinco o treinta. Es decir, todas las que se celebraron, más alguna otra en Toledo y en Aranjuez. La fiesta me agradó tanto, que me he convertido en un entusiasta. Y me ha ocurrido una cosa chocante. A la tercera corrida, llegué a creerme que ya entendía. Luego, cuando ya había visto más de veinte, me convencí de que

A DON FERNANDO M. LAURIA LE ENTUSIASMA TODO EN LOS TOROS, MENOS LA SUERTE DE PICAR PARA VER ESPECTADORAS CON MANTILLA TUVO QUE IRSE A LAS PLAZAS PEQUEÑAS

—Por ejemplo...

—Por ejemplo, aquel en que la protagonista rompe a hablar en español y dice: "¡Torro! ¡Torro!"

—¿No presencié ningún espectáculo taurino antes de venir a España?

Estuve a punto de ir por vez primera en Bolivia, pero no llegué a hacerlo, porque la altura —4.000 metros— de aquel país influyó en mi salud y tuve que guardar cama durante quince días. No vi una corrida hasta que llegué a Madrid. Desde luego, yo traía un concepto del colorido, y, entre otras cosas, me imaginaba a las mujeres con mantilla y mantones de manila. A lo largo del tiempo me resultó curioso comprobar que lo que en la Plaza de Madrid no existe o ha desaparecido, sí que puede verse en las Plazas de Aranjuez y de Toledo. En estas Plazas pequeñas vi muchas espectadoras ataviadas conforme a lo que yo esperaba encontrar cuando vine a Madrid.

También en Madrid, antes —le aclaramos— sobre todo, en las corridas extraordinarias y benéficas, iban las mujeres tocadas con las prendas clásicas. En cambio, ahora, si quiere ver algunas vestidas así, tendrá que esperar a las primeras cerradas matinales del verano venidero.

Pues es una lástima, porque era una estampa de color y de españolismo. En muchos países americanos, la mantilla española es prenda estimadísima que gustan de lucir las damas en grandes solemnidades y en fiestas, y no faltan sitios, como el Perú, donde hay mujeres que se la ponen a diario.

—¿Salió usted satisfecho de la Plaza en esa primera corrida?

—La corrida no fué muy buena. Era una novillada, y Rafael Llorente tuvo que matar los seis toros por cogida de los otros dos diestros. Me pareció que el público era demasiado exigente en algunos momentos en que el torero aparecía visiblemente agotado y no era posible que diera más de sí debido a su cansancio físico. Claro que esta es una opinión mía particularísima, y puede ser que no acertara a comprender bien lo que sucedía. Ya supondrá que no soy un entendido en la cuestión. En conjunto, la fiesta, en mi inicial contacto con ella, me pareció espléndida, y, sobre todo impresionante. Tanto, que al terminar yo estaba tan fatigado como si hubiera toreado tam-

no entendía una palabra.

—Eso demuestra que ya se va enterando.

—¿Usted cree?

—Naturalmente. Esa misma conclusión la sacan muchos excelentes aficionados después de muchos años de ver toros.

—Al principio, yo lo aplaudía todo, y un espectador que había delante se volvía hacia mí, me miraba y decía: "Nada, nada". Ahora voy comprendiendo ya la razón del porqué del significado de aquel "Nada, nada". Hay mucho que ver y que estudiar y que analizar en esto de los toros.

—Va usted camino de hacerse un técnico. Ni mucho menos, pero ya me doy cuenta de lo que significa la lidia, del objeto de cada parte y de cada suerte. Yo prefiero la capa y la muleta.

—¿De qué corrida guarda mejor recuerdo?

—De la que torearon Pepe Bienvenida, Morenito de Talavera y Luis Miguel Dominguín. Es la tarde más afortunada que he tenido yo como espectador. Fué aquella corrida a beneficio de los huérfanos del Magisterio, una de las últimas de la temporada pasada. Pepe Bienvenida me parece un torero magnífico, aunque el toro de Pepe Luis me cautiva más por eso que llamamos la gracia, ¿no?, por lo bonito de su toro, por la filigrana de su capa... Y un torero en el que yo me he fijado mucho es en El Choni. Veo en él garbo, planta, sangre española, y admiro su amor propio, su concepto de la responsabilidad.

—¿Sería usted capaz de ponerse delante de un becerro?

—Ni lo he soñado siquiera. No creo que llegue jamás ese momento. Me parece algo difícilísimo, sobre todo de salida, cuando "vienen sonoros"... Entonces yo haría lo que un amigo mío, que proponía en una tonta torear con la muleta atada al pico de una caña de pescar muy larga, muy larga... Y aun así, me parece que tampoco saltaría al redonde.

—¿Hay toreros argentinos?

—Ahora hay uno por Méjico, que, por lo que he leído, está quedando bastante bien. Aquí, en Madrid, vino a verme un joven compatriota, con el ruego de que le hablara a mi buen amigo don José María Jardón, pues quería ser torero. Quedó en volver, pero no lo hizo. Se conoce que lo pensó mejor...

RICARDO ARMENTALES



Don Fernando Mario Lauria, cónsul de la Argentina en Madrid y entusiasta de la fiesta brava desde que vió una corrida de toros

Dónde hay mayor bazaría que en el caballero español el jinete en su caballo, que parece desunido de la cuadriga de Apolo? ¡Caballos de Jerez, como aquellos caballos en mármol pentélico esculpidos por Fidias!...

Tus caballos graciosos, sobre todas las cosas, huellan las avenidas del mundo con sus pies.

Canta el poeta caballista Ferrnando Villalón. Caballo y caballero son ritmo de la forma viva en movimiento cuando al paso bracea, cuando al trote recorta su estampa en la acuarela tibia del paisaje y, cuando en el galope es sueta exhaladora que deja al viento atrás. Es abuelo prócer del centauro gaucho de la pampa infinita y del otro centauro mejicano que enlaza el toro salvaje con la gñidaleta, como el pulpo enlaza la presa con el tentáculo latigüeante. ¿De dónde procede este famoso caballo que halla su expresión gentil en la jaca jerezana, linda como la gacela, picturera como la cebra, rauda como el antilope y bella como el Pegaso de las Musas? Yo tengo para mí que Ceres la diosa, madre de la agricultura y esposa de Júpiter, que da su nombre a la ciudad, hubo de ocultarse en las orillas del Guadalquivir transformada en yegua para huir de la persecución amorosa de Neptuno, que, convertido a su vez en caballo, pudo saciar su mal deseo en la sinfonía agreste de la Naturaleza al despertar. De este enlace fabuloso vino a nacer Arión, caballo parlante que tenía, como el hombre, dedos en las extremidades; exactamente como los tuvo el caballo fósil que galopó en el mundo hará cincuenta millones de años. Esta es la prosapia olímpica de los corceles de Jerez, Xerez o Ceres, la deidad utérrima que sembró de vides la campiña de su nombre para extraer del mosto el néctar de los dioses.

La epopeya el el Cid, cuando se ensancha Castilla delante de su caballo, y lo sublime es Don Quijote, cuando cabalga en Rocinante, su caricatura.

La corrida del domingo no se encierra sin mi jaca. Mi jaca la marismeña, que por piernas tiene alas.

Así dijo el poeta caballista antes evocado.

Esta es la montura. ¿Y el jinete? ¿Cómo definimos el jinete? Está presente y no me atrevo a nombrarlo. Su atuendo es el castizo del campero andaluz: chaqueta corta, sombrero ancho y zahones burilados en guadameciles de Córdoba. Su nombre es don Alvaro, como el de Luna, o como el del otro don Alvaro el Indiano, que bordaba los campos con su jaca torda. ¿Y su apellido? Su apellido está en la mente del lector, con el regusto del caldo generoso vertido en su copa en la bodega fresca y centenaria.

Y este hombre, ¿qué es? ¿Qué representa? Este hombre, además de ser un hombre, que no es poco, es caballista y caballero en plaza. Su raigambre es netamente andaluza y española. Este hombre somos nosotros.

Su tradición nos viene de siglos. Son sus predecesores aquellos caballeros de punta en blanco que en los torneos — origen de las corridas de toros — peleaban por las damas de sus pensamientos con el choque brutal de los caballos enguadrados y el bote de lanza por toda razón o sinrazón. Más tarde, en los siglos de Austrias y Borbones, el torneo vuélvese justa y la justa corrida de toros. Y aquí surge la noble galantería del caballero en plaza, alanceador y rejoneador. Cada galanador a la dama de sus pensamientos, dama peligrosa que le dispara las saetas del corazón de sus ojos desde el balcón de la Plaza Mayor, agua de oro de la Monarquía, dama golosa que perfuma el ámbar y los pastelillos de la botillería de Botín engollipa. El caballero sale al palenque montado a la jineta en soberbio corcel, en

A PUNTA DE CAPOTE

LA DAMA DEL CABALLERO EN PLAZA

por FEDERICO OLIVER



Los jacos a la morisca repiquetean campanillas de plata. Galante paladín — llárese Osuna, Infantado o Medinaceli — viene vestido con sedas, donde campean su armadura y divisas recamadas en oro que constelan brillantes. Su enbaza altanera mece en la brisa las plumas jaspadas del airos chambergo y sus plumas vibrantes de vigor se calzan y cubren con altas botas marfileñas rematadas en el estribo corto por espuelas incisivas de moriscas auríferas. Le anuncian cuarenta clarines y cuarenta trompetas. Le acompañan veinte pajes, vestidos de brocados y tiñidos, y le siguen veinte muías, cargadas con armas y rejones. Este es el atuendo del caballero en plaza español. Y cuando sale la fiera y embiste a la cabalgadura, el caballero le clava el rejón en lo alto del morrillo, suele ocurrir, y ocurre, que el magnate pierda un guante o el sombrero. Este es el caso deshonroso que el gran señor debe vengar cara a cara con la bestia en singular empeño a pie. La expectación multitudinaria suspende en vilo sus alientos.

El momento se dirige impávido a la fiera, le arroja el ferrucllo al hocico babeante y como una exhalación se arranca y clava en el morrillo su espada hasta el puño. El toro, con los pulmones traspasados, cae redondo en estertores. El caño de su sangre empapa la arena de oro. El rey aplaude de pie en el balcón de la Real Panadería. La Plaza Mayor es un hervidero de alaridos. El héroe del momento se yergue con el espasmo épico del triunfo. Y la dama de los pastelillos de Botín le envía, en vuelta en vitores, una sonrisa cuajada en besos que recibe el caballero en plaza como un rocío de los cielos.

Y osotro caballero que te he presentado, lector, con su sombrero ancho, la chaqueta corta y los zahones burilados en guadameciles, tiene también una dama de sus pensamientos como el altanero señor de las corridas reales? Veámoslo despacio. Delante de nosotros perfila su conceña figura con el trofeo sangriento en la mano. Ha rejoneado el novillo con la suprema gracia y estilo de los grandes caballistas. Le ha pasado de muleta como los buenos; se ha perfilado en la esra como los bravos y le ha tendido a sus pies como una alfombra de su planta. El público le tributa una ovación, en la que entran latidos espirituales. El corropende con una ingenua sonrisa, ancha y buena. Su mirada brillante tiene raros destellos escrutadores: ¿Qué busca? Si ganamos su mirada, lector, que tal vez topeemos con la incógnita bella... ¿Mira a la contrabarrera? No; más alto. ¿Al tendido? No; más alto. ¿A los paleos? No; más alto, más alto... ¿Entonces mira al cielo? ¡Al cielo mira!

Ya sabemos cuál es la dama celeste del caballero en plaza. Su nombre infinito ha brotado de los labios de Cristo: ¡Caridad! La sonrisa del caballero parece corresponder a la que desde tan alto le dirige su santa enamorada. Y esta sonrisa divina se desgrana en sonrisas mil de niños y ancianos menesterosos...

Yo no he cruzado palabra ni saludo con don Alvaro Domecq. Por otra parte, no gusto de escribir apologías de los astros taurinos en ejercicio; pero he visto a este caballero galopar a través de las columnas de la Prensa con una banda en el pecho y la Cruz de Cristo en plaza sobre su corazón.

Esta claridad evangélica es tan inusitada en estos años aciagos de la crueldad de los hombres y del egoísmo geográfico y racial de los pueblos incivilizados, que yo, sin santidad para bendecir, siento que de mi pluma brota una bendición espontánea como un efluvio de la pluma misma...

¡Bendito sea el caballero que tal dama lleva en su corazón!

VIAJE DE RETORNO

ALEJANDRO MONTANI marcha para su tierra, donde actuará en tres corridas

Seis mil dólares cobrará por cada actuación

HACE siete años que Alejandro Montani —aun no se afeitaba— salió de Lima para hacerse matador de toros. Cuatro años largos anduvo toreando por los ruedos mejicanos, y el resto —casi tres temporadas— en España.

Son mucho siete años en la vida de un hombre —más bien de un chico que empieza a vivir— para que, al cabo de ellos, no se sienta la nostalgia de la casa donde se nació y de los brazos de la madre. Esto es lo que principalmente ha animado a Alejandro Montani para decidirse a hacer la larga travesía que le separa de su patria y de los lazos familiares.

Como siempre, EL RUIEDO ha querido dar la despedida al torero que marcha, deseándole suerte y éxitos al otro lado del Atlántico, y por eso estamos nosotros ahora frente al peruano en el vestíbulo de un céntrico hotel.

—De modo que arreglando las maletas, ¿no? —Así es; como es fácil de comprender, hay mucho allí que me tira. Y aunque en años an-



El diestro peruano Alejandro Montani presenciando, en compañía del mejicano Toscano, el encuentro de fútbol Madrid-Barcelona, en Chamartín

«Antes, una oreja cortada en Madrid servía para torear setenta corridas», nos dijo el peruano

teriores no he querido hacer el viaje, porque yo salí de mi tierra para volver de matador de toros, y porque no me daban aún las condiciones que yo quería, hoy, una y otra cosa resuelta favorablemente, no he podido resistir la tentación de volver a abrazar a los míos.

—Entonces, ¿cuántos contratos lleva?

—Allí se dan pocas corridas. La temporada es corta, porque hay poco ganado. El número de corridas que se dan no suele pasar de diez. Yo llevo tres contratos firmados, por seis mil dólares cada uno.

—Y el ganado, ¿es bueno?

—Es más suave que el de aquí. Naturalmente, tiene que ser así, porque la sangre de las ganaderías se renueva poco. Últimamente se mandaron unos sementales de Parladé, que espero estimularán el genio de las reses de allá.

Encendemos un cigarrillo y aprovechamos la pausa para darle un giro a la conversación.

—¿Cómo encuentra usted el toreo actual?

—Más difícil que nunca, porque aunque el toro sea más pequeño, que eso no se da más que en determinadas Plazas, el público exige más que nunca. A los toros hay que hacerles hoy lo que nunca se les hizo, y el riesgo —yo puedo decirlo, que tengo tres cornadas recientes— es grande también. Si hoy sólo rompieran los trajes los toros, no habría más que comprarse veinte vestidos de torear para hacerse millonario en una temporada.

Da una larga chupada a su cigarrillo, y continúa:

—Por otra parte, el toreo está ahora más duro que nunca. Hay que salir siempre a dar todo lo que se tiene dentro, o, de lo contrario, no se puede mantener el tipo. Hasta en los pueblos más pequeños y apartados de España el público quiere ver lo que antes ha leído en los periódicos que se hace por las Plazas principales. Antes, por el contrario, una faena en la Plaza de Madrid o en otra importante servía para realizar a sus expensas una temporada brillante. Y sin señalar a nadie, en la memoria de todos los aficionados estarán presentes muchos casos que confirman mis afirmaciones.

Habla Montani con brío, aunque pausadamente. Su acento americano ha desaparecido, y le queda un dejo andaluz que casi le da carta de naturaleza.

Damos una nueva vuelta a la conversación.

—Entonces, y en resumen, ¿marcha usted contento?

—Pues, en principio, sí; porque, como ya le he dicho, cuando salí de mi tierra, yo lo hice para volver de matador y con todos los honores. Creo que he cumplido lo

En el mes de mayo próximo regresará a España

que me prometí a mí mismo.

Pero mi contento no es completo, porque yo no he tenido suerte en España. Las cornadas no son temibles por su dolor físico, sino por lo que desmoralizan. Un percance, cuando viene uno lanzado, écha por tierra una teoría de reglas que tiene cada cual por seguras. Y si a eso se acompaña con que a la vuelta a las Plazas se encuentra uno con que los toros que le van saliendo por los chiqueros no embisten, se completa la desmoralización. A mí me ha pasado esto, y a ello se debe que me marche hoy sin que se me conozca a fondo. Pero cuando vuelva en mayo, yo prometo que se me ha de ver.

Nos hemos levantado, y nuestras manos se cruzan en señal de despedida y de buena suerte.

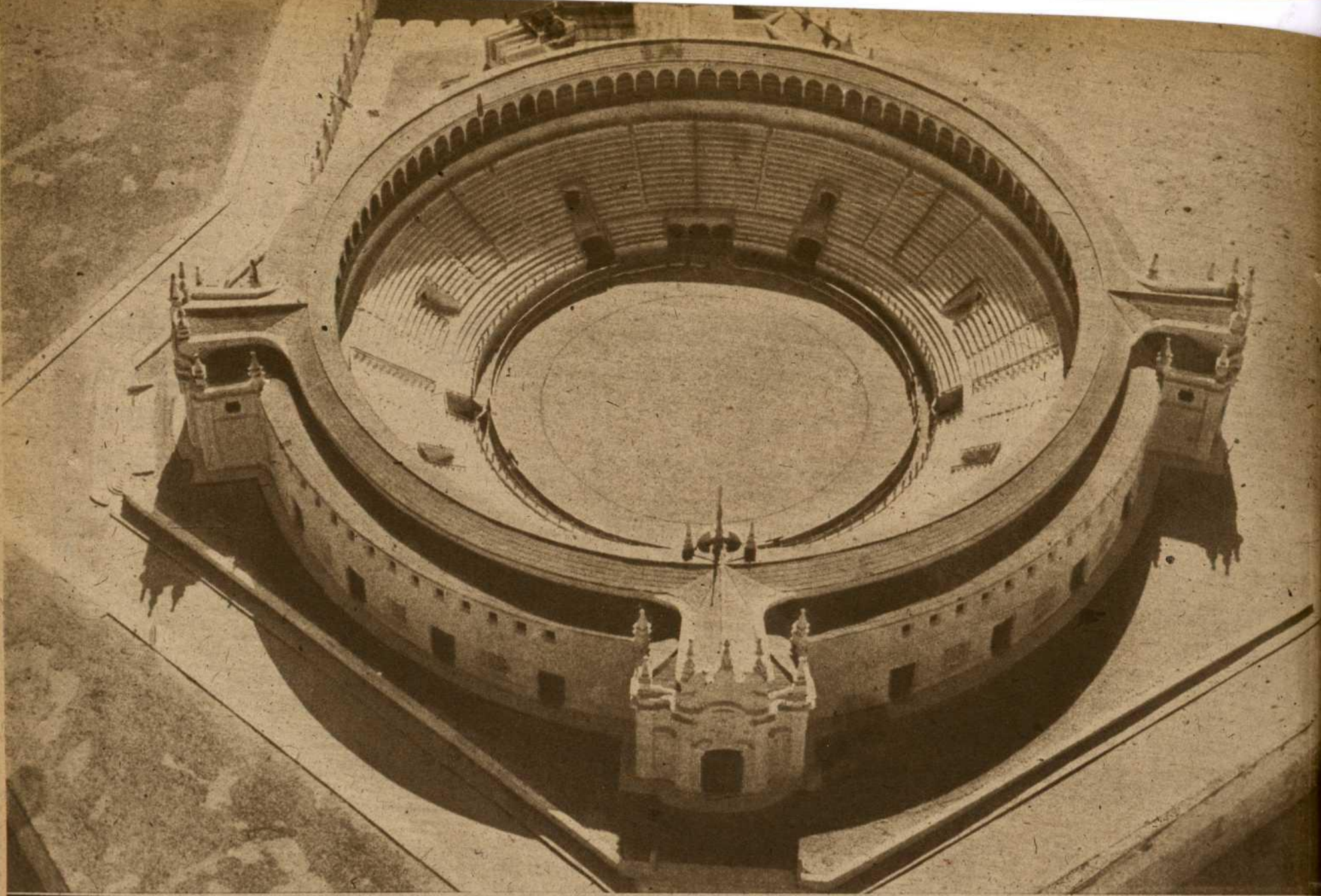
—Fijese cómo sentiré mi marcha, que le decía al Gallo, hace unos días, que me iba a doler tanto la vuelta a mi tierra como mi marcha de Lima, cuando aun no me hacían falta los trastos de afeitarse.



Al hacer las maletas, Montani no olvida el típico sombrero andaluz, que llevará a su país junto con sus recuerdos



Alejandro Montani, el domingo en la tribuna de Chamartín, gran aficionado al fútbol (Fotos Manzano)



Aspecto de la maqueta de la Plaza de Toros de Melilla, vista desde arriba

A pesar de la elevación de los precios, de la carestía de vida y de las presiones, cada vez mayores, de maestros y subalternos, la afición a los toros no decrece. Por el contrario, nuevas Plazas van a construirse en diferentes capitales de España. Entre ellas, no será menos importante, y si, desde luego, de las de más típico estilo colonial, usada fuera de España, el barroco, la nueva Plaza de Toros que se va a levantar en Melilla, gracias a la idea desarrollada con entusiasmo y tesón inigualables por el alcalde de la ciudad.

Las fotografías que ilustran esta información son por sí mismas bastante expresivas, para que el lector forme una idea de lo que la nueva Plaza de Toros ha de ser. Exponente de esta fiesta, netamente española, es la construida, con una capacidad, aproximadamente, para ocho mil personas. Quince grandes puertas dan acceso a la Plaza por un extenso perímetro, en contacto con el público. Estas puertas dan todas a una galería de circulación, de gran anchura, «que no es interrumpida en todo su recorrido por ninguno de los servicios con que estamos acostumbrados a tropezar en nuestras Plazas de Toros, aunque en las de más importancia». Por esta galería puede darse la vuelta a toda la Plaza sin la interrupción de chiqueros, ni paso de caballos o arrastres, ni con un puesto de refrescos.

Esto hace que se acceda a cualquier localidad de la Plaza entrando por indistinta puer-

ta, por apartada que esté de la localidad que desea alcanzar. Los servidumbres de bares y almohadillas están instaladas en unos ensanchamientos, provistos al efecto, en la galería de circulación, así como los demás servicios indispensables al público.

El acceso a los tendidos se efectúa en dos alturas: una, al nivel de la galería de circulación, de que hemos hablado, y otra, situada precisamente encima de los «vomitorios», al pie de las gradas, por donde corre un gran pasillo, que facilita grandemente la salida al público al final del espectáculo; de gran capacidad son los corrales, al extremo que, precisamente por el aislamiento de la Península, tienen amplitud

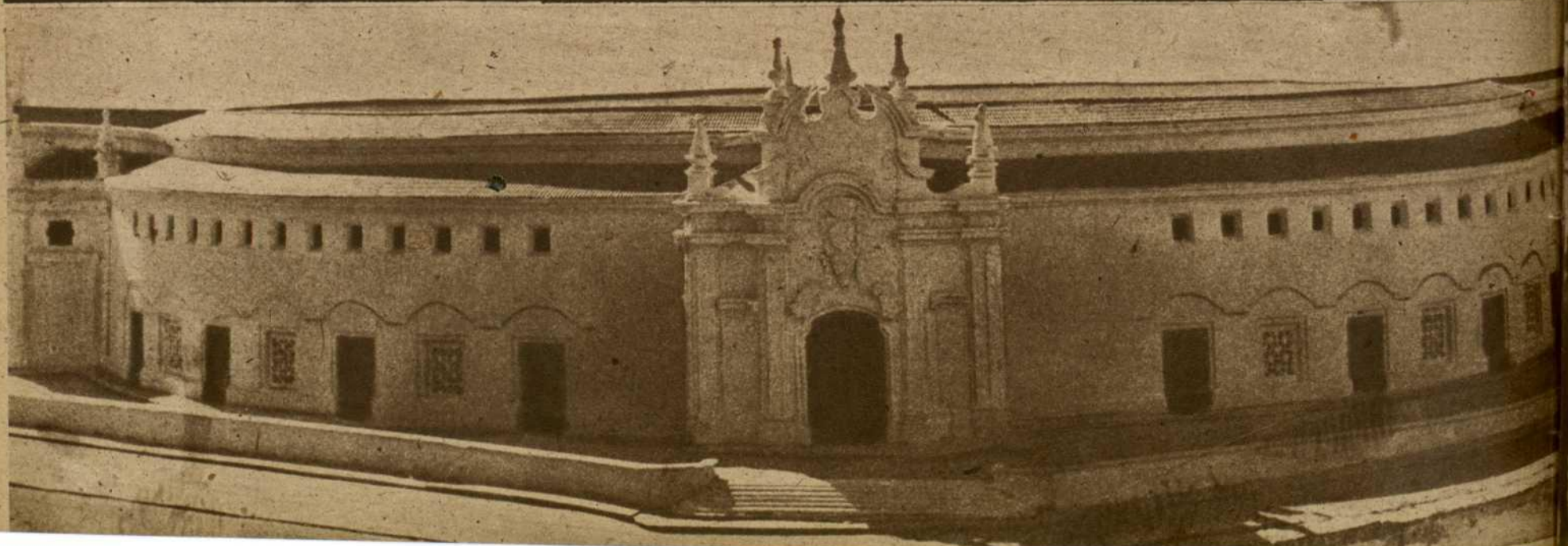
para cuatro corridas, lo que da un margen de seguridad en la continuidad de las fiestas. Naturalmente, ni que decir tiene que los servicios de enfermería, capilla y todos aquellos que lleva consigo el espectáculo, están tratados con la atención que se merece esta Plaza.

Cinco arquitectos madrileños son los autores del proyecto para la construcción de esta Plaza, que, como decimos al principio de estas líneas, podemos asegurar va a ser una de las más bonitas y cómodas de España.

N. F. CUESTA

LA NUEVA PLAZA DE TOROS DE MELILLA

Una vista de la entrada de la futura Plaza de Toros melillense





Fuentes, después del éxito alcanzado el domingo en Barcelona, da la vuelta al ruedo



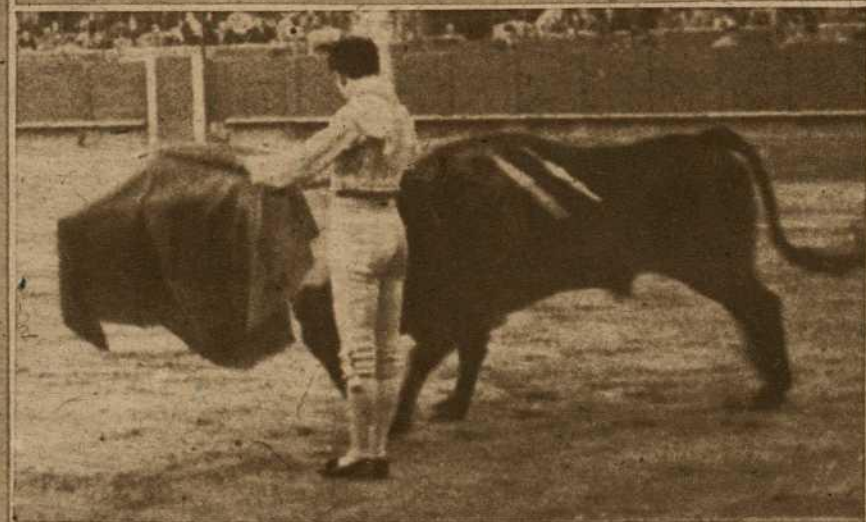
Fuentes, Minuto y Tarré esperando el momento de hacer el paseo el domingo en la Plaza de las Arenas, de Barcelona

CARTEL DE BARCELONA

FUENTES, MINUTO Y JUANITO TARRÉ



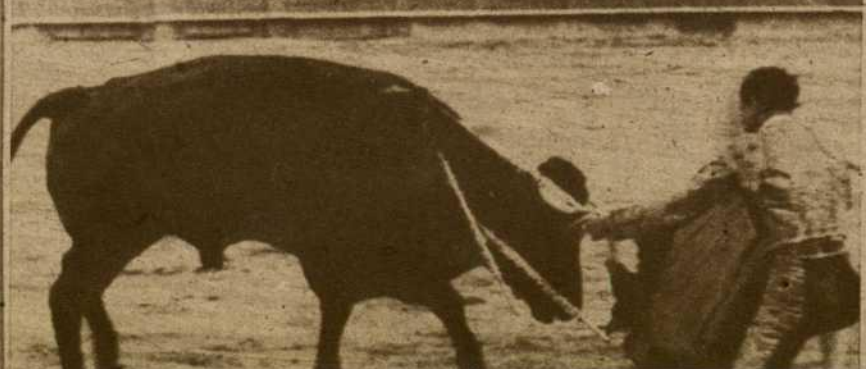
El diestro Fuentes en un desplante ante el toro.—Abajo: Tarré clavando un par de banderillas al bicho que lidió en tercer lugar



Un pase ayudado por alto del diestro Fuentes al novillo al que cortó las orejas, lidiado en cuarto lugar



Tarré lanceando de capa a su primer novillo.—Abajo: El mismo diestro intenta un muletazo con la rodilla en tierra

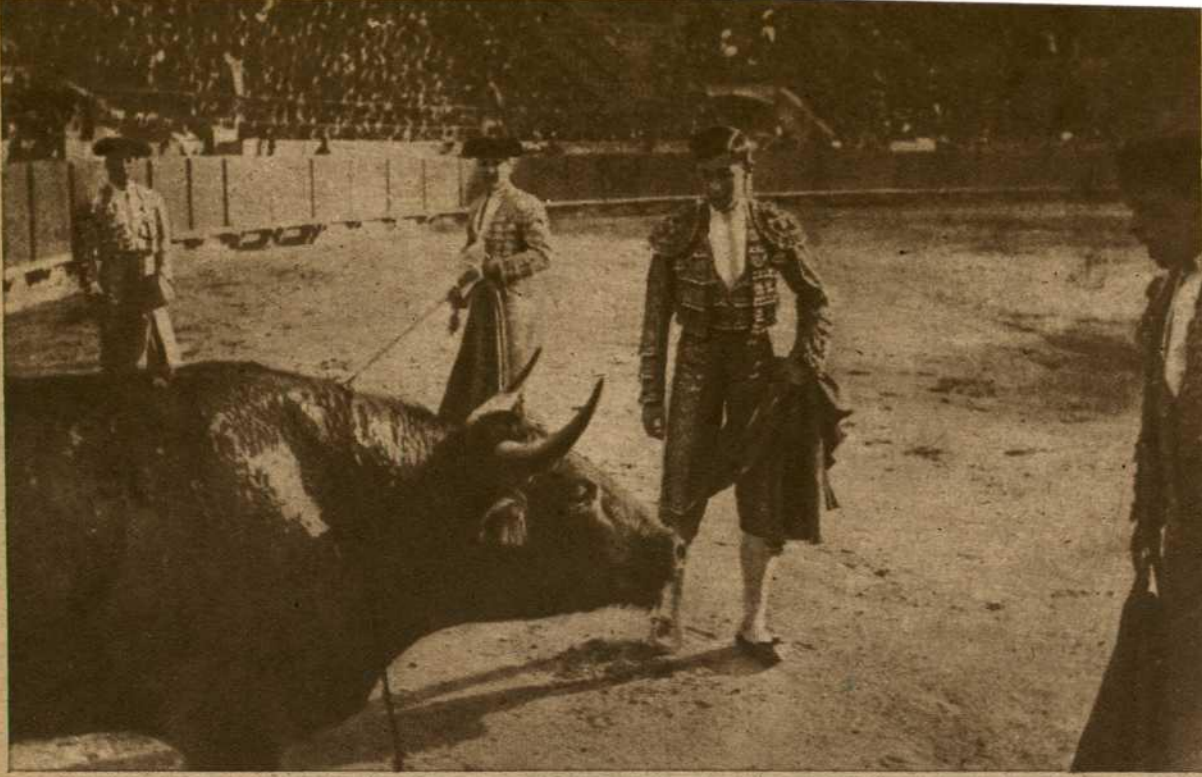


Minuto, después de una gran faena muestra al público las orejas cortadas a su primer novillo



Dos momentos de la faena realizada por Minuto.—Arriba: Intentando un pase en redondo.—Abajo: Un muletazo mirando al tendido (Fotos Valls)





Después de una gran estocada, Joselito espera el momento de ver doblar al toro para recoger los aplausos de los aficionados por la faena que realizó en aquel toro



Capítulo XXI y último

ESTA toda entera en la narración que copié del libro de Antonio Parra la historia de la muerte de Joselito? Desde luego, no, porque la historia de su muerte, que nadie ha escrito y yo no sé escribir, sólo pudiera ser una síntesis de toda su vida, plena, breve y triste, luminosa en los ruidos de las Plazas de toros; pero con el corazón siempre lleno de sombras.

Aquel hombre prematuro, que nunca dejó de ser niño porque no lo fué en su sazón, vino, como los elegidos, para pasar pronto, con pasos de despedida, y tenía los ojos profundos de lejanía, y una sonrisa ambigua y difícil, despego y solicitud a la vez, desdén, perdón, piedad, salud y mueca, en los labios amargos y sedientos.

Había hecho de su disgusto su gusto, como los verdaderos poetas líricos. Buen soñar, por mal vivir; pero como tenía impetu moceril, ansia de triunfar, quería arrai-garse de arte; pero como también tenía alas, las alas se lo llevaban. Mejor la gloria que el triunfo. Amó la libertad de los campos — y ellos lo hicieron torero — por huir a la prisión de un hogar mísero y lóbrego de supersticiones, y aprendió pronto a valerle de sí mismo, a fin de valer para los suyos, que vivían de recuerdos cuando él ansiaba vivir de la seguridad de sus

propias promesas. Ganó demasiado pronto su pan, cuando a otros a su edad se lo regalaban. Más que ganarlo, lo compró con sangre. Y defendió con energía — nacido para mandar — el pan ajeno. Tampoco le dieron ganados todos sus laureles, y un día lloró, cuando supo que esos también los pagaba con su dinero. Se convenció de que la verdad de su arte necesitaba de la mentira para parecerlo, y fué pronto un artista triste. Oposo a su melancolía la fuerza, y tornó a ser triste, cuando se convenció, sin comprenderlo, que era a la vez vigoroso y enfermizo. También le dolió la condición humilde, cuando tenía grandes los méritos y la capacidad. Porque la capacidad — admirable y eficaz en la lucha con el toro y aun con los públicos — no pudo ofrecerle sosiego al corazón desasosegado. Se quedó pronto sin el amor de la madre; se quedó también sin otro amor de mujer, que hubiera sido el premio y el reposo.

Una tarde, una noche, en aquel banco del paseo con árboles, en aquella esquina con luz de luna, en aquel atrio de iglesia, donde veía a la elegida, con el amor sólo en los ojos, sin cambiar con ella más que miradas y suspiros, ella le dijo que no podría volver, que no tenía permiso de sus padres para quererle. Era decirle que era sólo un torero. Y él, que se sabía un gran torero, el primero de todos, y que por eso se creía todo, hubo de pensar que ser un gran torero no era nada, no le servía para nada a su corazón. Tiempos modernos, que una intran-sigencia volvía antiguos; pero no tan antiguos como para renovar la tragedia de Romeo y Julieta. Debía morir él solo. Huyó a América

— en pos acaso de una no sabida victoria napoleónica — y la ausencia le agrandó el amor desesperado. Cuando volvió, volvió tan triste, que la tristeza proyectó su sombra hasta su arte. Tenía que vivir del público, que trabajar ante el público, y le faltaba alegría, que era el factor más importante de su arte. Le faltó, para inventar mejor su destreza, aquella facultad de crear con gozo, *creare con gioia*, que dijo D'Annunzio.



Delante del Hotel de Roma, Joselito, el día que hizo su presentación en Madrid como novillero, acompañado de Limeño

JOSELITO

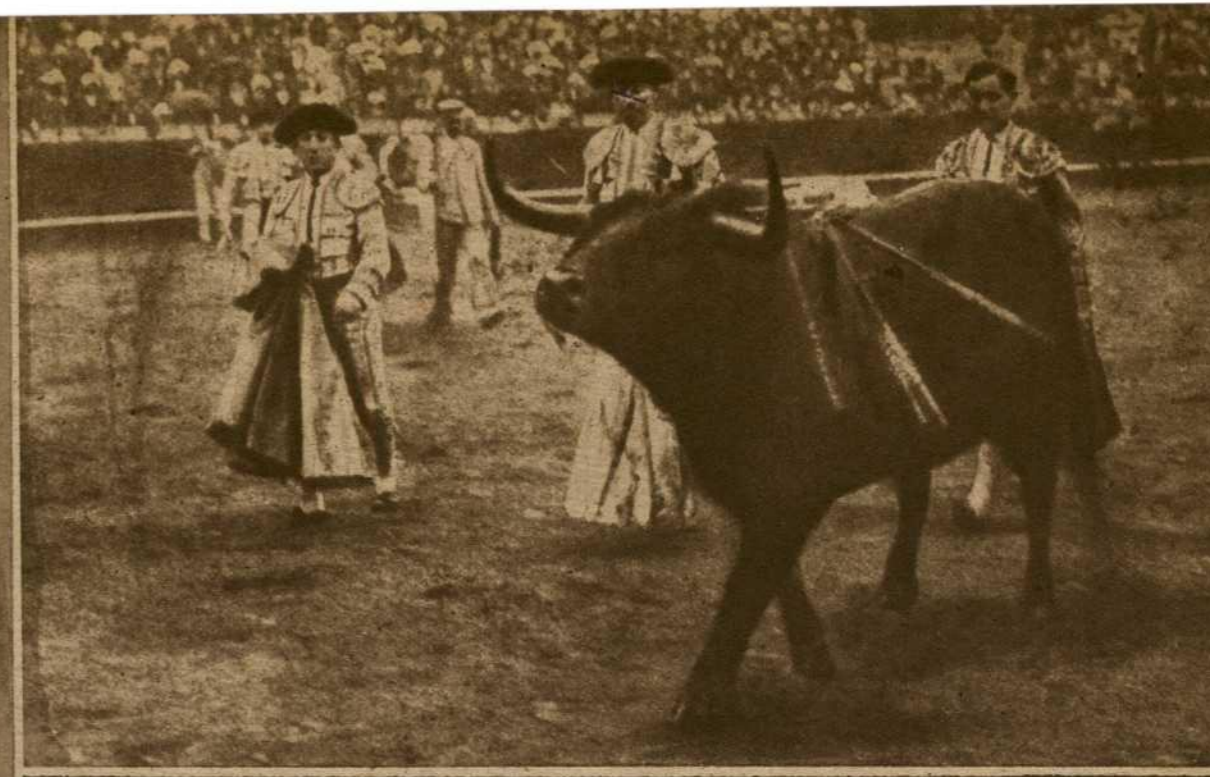


APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

Por FELIPE SASSONE

El 15 de mayo de aquel año de 1920, víspera de la corrida fatal de Talavera, sintió que el público de Madrid le había perdido la consideración y el respeto. Le tiraron una almohadilla a la cara, mientras devolvía al mozo de estoque los avíos de matar. Porque el toro era duro; pero él no lo había escogido. El decía siempre, cuando se estaba vistiendo de torero y le anunciaban la gran romana de los toros, que

«los kilos les importaban sólo a los mozos que arriaban las mulillas». Aquella tarde volvió a su casa negro de tristeza. Oyó demasiados consuelos que le entristecieron más. Acaso sin embriagarse, porque no se embriagó nunca; pero el vino que no le nubló la cabeza, le nubló el espíritu. Pasó la noche insomne y febril. Madrugo impaciente. Tomó varias infusiones de manzanilla, porque sentíase indispuerto, y su don-



El toro Galleguito, de Miura, que fué lidiado formidablemente por Joselito, dirigiéndose a las tablas para doblar

cella, Petra, le aconsejó que no fuese a Talavera, porque pensó que su estado de salud no le permitiría torear. Por eso el toreo era su evasión y su olvido, y a Talavera fué a buscarlos, para encontrar una evasión más lejana y un olvido absoluto.

El viaje fué accidentado y movido. En la fonda de una estación de tránsito, hubo de intervenir en una pendencia de sus banderilleros con un viajero, al que zamarreó fuertemente asiéndole del pecho. El agredido le maldijo y le lanzó el mal agüero de una mala suerte. Al descender en Talavera se cayó de las manos del mozo de estoque un botijo de Andújar, que llevaba escrito el nombre del matador. Alguien cuenta que le oyeron murmurar, entre su sonrisa triste: «Se acabó el Gallito». Antes de la corrida durmió una siesta que le destempló más el cuerpo; en la corrida, por primera vez, un sudor enfermizo le manchó la taleguilla; banderilleando al cuarto toro, se le desciñó la faja, y él, tan cuidadoso de la propiedad de su indumento, se la arrancó rabioso y despectivo; el toro quinto, Bailaor, era burriciego, veía bien de lejos y embestía de largo como una tromba, y en una colada suelta le entrampilló y le volteó para abatirle como con el doble gancho de un boxeador. Joselito, cansado y triste, que en otra ocasión cualquiera se hubiera ido con ágil facilidad, no tuvo ni voluntad ni fuerza; apoyó las dos manos en la testuz de su enemigo y se entregó.

Cuentan que ya en el suelo, al verse los intestinos fuera, sobre la seda ensangrentada de la taleguilla, entró en un colapso que fué el último.

Según esta versión, murió de shock traumático, y puede por eso afirmarse que murió de miedo. Pero puede pensarse también que murió de alegría de acabar de morir. Porque había empezado a morir mucho antes. Casi podríamos decir que en él se rompió la sentencia de Pero Grullo: «nadie se muere la víspera», porque a Joselito lo mataron de un almohadilla en la Plaza de toros de

Madrid, un día antes de que lo matara un toro en Talavera.

Minutos después de la cogida, cuando Sánchez Mejías se disponía a acabar con Bailaor, apareció un chiquillo, en el tejado de la enfermería, gritando con lágrimas en la voz rota:

— ¡No torees más, que han matado al rey del toreo!

Y ahora digamos, como Hamlet:

— Todo lo demás es... ¡silencio!

Dos días después, en su casa de la calle de Arrieta, entre las innumerables ofrendas florales, descollaba una gran corona, con una tarjeta sin nombre ni firma, donde sólo decía: *A Joselito*. Todos pensaron que era el llanto postrero de aquel amor, humilde, bueno y obediente, que no había podido salvarle. Yo le entregué a Ignacio Sánchez Mejías, a petición suya, un epitafio para grabarlo en el monumento. No lo pusieron. Lo copio para que sus palabras cierren siquiera estos apuntes de biografía por hacer:

«Aquí yace José Gómez Gallito. Amó su arte y le dió su vida. Fué el mejor lidiador de todos los tiempos. Murió joven como el amado de los dioses.

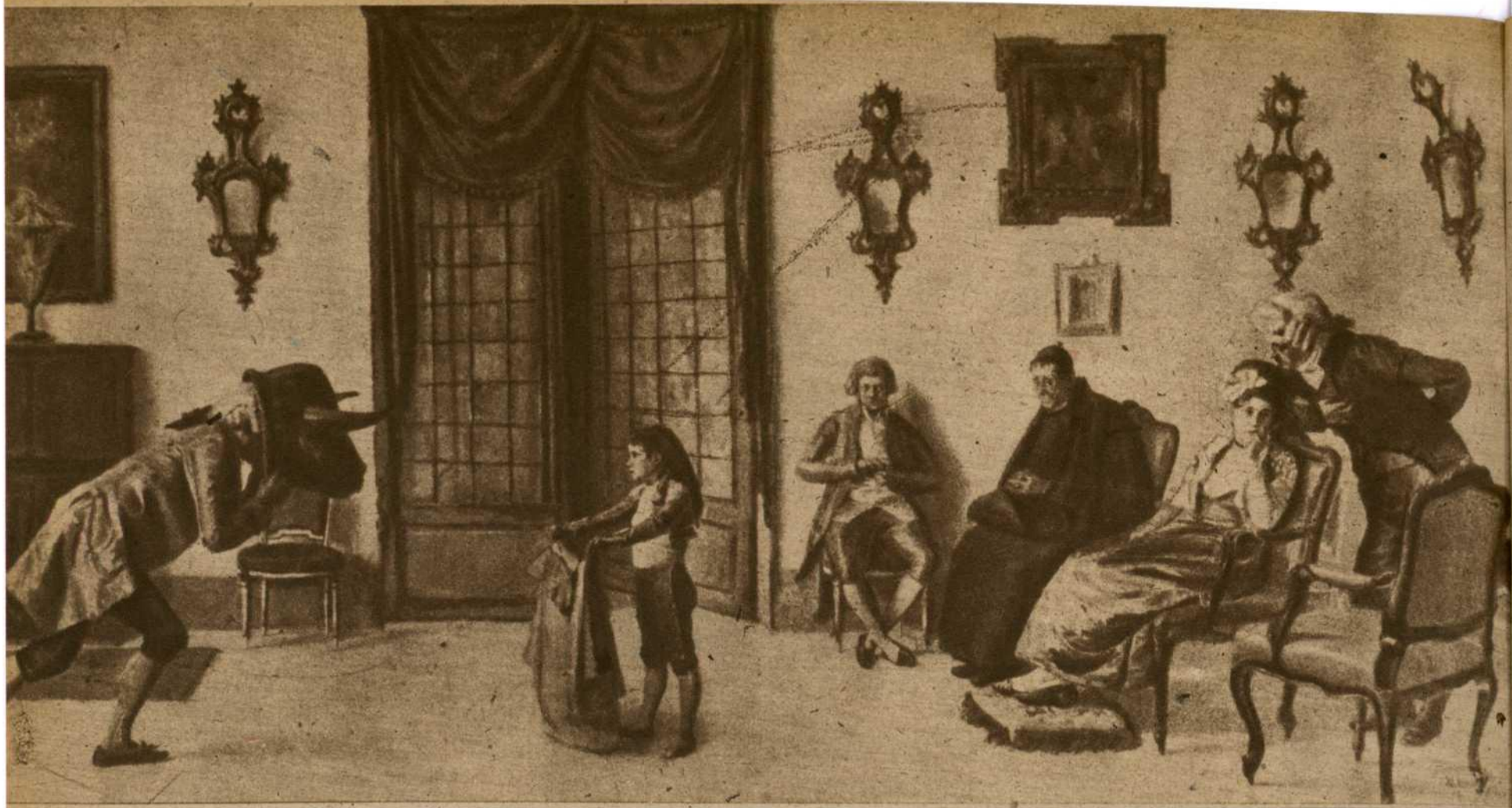
Lo mató un toro; pero no le afligió ninguno.

Descanse en paz!»



Joselito, acompañado de los huérfanos de Corcharro, el día que tuvo lugar en Córdoba, a beneficio de los mismos, la corrida que organizó el diestro sevillano





«La lección de tauromaquia», pintura de Enrique Mérida, lleno de la gracia dieciochesca que dominó en la mayor parte de sus cuadros

EL ARTE Y LOS TOROS

ENRIQUE MELIDA y su obra pictórica relacionada con los toros

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIO

CUANDO Enrique Mérida y Arinari empieza a pintar por afición y presenta en público su primer cuadro «El verdugo y su víctima», en la Exposición Francoespañola de Bayonne, corre el año 1864, tiene veintiséis años de edad, ha terminado su carrera de Derecho y es letrado en el Tribunal de Cuentas, del que su padre era ministro.

El éxito que le acompaña es tal, que Mérida, alentado por la buena acogida de sus obras, se decide a dedicarse al arte de la pintura. Si es verdad que hay en él una acusada sensibilidad y que conoce la obra pictórica, su técnica, el color y las gamas, a través de sus profundos estudios y su admirable labor de crítica, en la que logró descollar con pronunciamientos muy favorables. Tan halagüeños, que hicieron de él, por méritos propios, uno de los mejores críticos y comentaristas de su época. Tan aguda y firme, tan segura está en él la vocación creadora, que el legalista va desapareciendo poco a poco para ir surgiendo pujante y vigoroso aquel pintor que hubo de ocupar un lapso importante en la historia de la pintura española de estos últimos tiempos.

Todos sus amigos animan al artista, entre ellos el famoso Palmaroli, y Mérida, que no ansia otra cosa que pintar, que recrear su vista y su espíritu con la concepción laboriosa de la obra artística, se dedica a la pintura con todo el entusiasmo prometedor de óptimos frutos.

En 1867 se admira en Madrid su cuadro «Santa Casilda», y ya desde entonces las principales salas de Europa van conociendo sus obras, que van a engrosar la riqueza pictórica de los mejores Museos.

Un día —estamos ya en 1872— se expone en la platería Martínez, de Madrid, un cuadro de Enrique Mérida, que merece los mejores elogios; «La lección de tauromaquia»; más tarde, «Picador herido», y por último, «Se agüó la fiesta», su obra más notable, que alcanzó mayor popularidad y que hubo de exponer en la Nacional de 1876, por no citar más que aquellas obras que guardan una relación más o menos directa con los toros. En la primera, «La lección de tauromaquia»; pintada en 1874, Mérida y Arinari trató de imprimir a su obra toda la gracia dieciochesca que dominó en la mayor parte de sus cuadros. Le gustó vestir sus modelos con trajes de aquella época, tal vez por el encanto dimanador del conjunto; o tal vez por la riqueza de gama y coloridos en las sedas y terciopelos de las chupas y casacas. «Picador herido» es un dechado de maestría en el dibujo, y «Se agüó la fiesta» puede considerarse como la mejor obra de Enrique Mérida.

La estampa del toro dibujándose en el azul del cielo, impávida y serena la res, expectante y curiosa frente a la sorpresa terrorífica de los que alegremente meriendan, es de una propiedad y riqueza de colorido admirable y de expresiones magníficas. Adquirido en su día por el Estado español y en depósito en el Museo Nacional de Arte Moderno, este cuadro le valió a su autor un manifiesto prestigio y notoriedad, que llegó hasta el Extranjero.

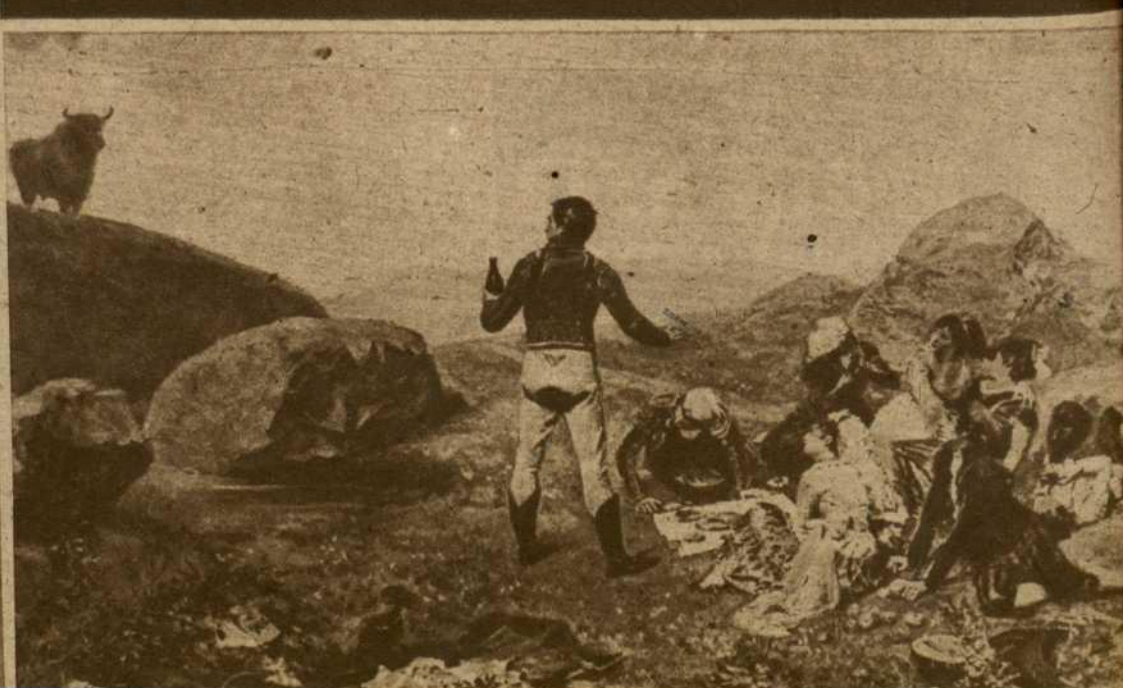
Realiza Mérida infinidad de retratos, otra de sus dedicacio-

nes pictóricas; ilustra obras de Pereda y Núñez de Arce, y en 1882 vase a París, donde fija su residencia, después de casarse con María Bonnat, hermana del famoso pintor francés Léon Bonnat. Diez años vive Enrique Mérida en la capital de Francia, diez años en los que su pincel, impulsado por su arte, no deja de pintar cuadros y más cuadros que ha de exhibir, en Exposiciones personales y colectivas, en las principales capitales de Europa. Mérida se hace un pintor internacional; su arte no conoce fronteras. Vive el París mundano y artístico de finales de siglo, plétórico de encantos. Los salones donde se reúne lo mejor de la intelectualidad, de la política, de la aristocracia y el arte, le abren sus puertas, y Mérida, que es un hombre mundano y afable, llega a ser una figura sobresaliente en la «Ciudad Luz».

Tiene cincuenta y cuatro años y está en la plenitud de su vida creadora, cuando Enrique Mérida, que ha nacido en Madrid el 6 de abril de 1838, muere en París, lejos de su patria que le viera nacer, el 22 de abril de 1892.

Su obra, fácil a la técnica, sometida a los más puros cánones estéticos del arte, hablará eternamente por él. Por la afinidad de algunos de sus temas con nuestra revista lo hemos querido traer hoy a estas páginas.

«Se agüó la fiesta», célebre cuadro de Mérida, lleno de la belleza que caracterizó su pintura



Aficionados de categoría y con solera

Para FRANCISCO SERRANO ANGUIITA, el mejor torero de todos los tiempos es JOSELITO

Hace cincuenta años que fué por primera vez a la Plaza



SERRANO Anguita, el austro escritor, fué uno de los periodistas más brillantes que hemos tenido. El teatro le arrebató, por fortuna para él, a esta profesión, tan grata y tan ingrata, en la que don Francisco hizo de todo: desde reportero de sucesos — gracia — a él se descubrió el famoso crimen del capitán Sánchez — hasta revisero taurino. De los periódicos, en los que creció y se formó el gran autor que hoy es, Serrano Anguita lo conoce todo. Y hoy, que le sonríe el triunfo y la fortuna, añoro aquellos días en que cobraba en cartucho, de carderilla su sueldo

de redactor de «La Mañana». Cincuenta años lleva con Francisco de aficionado a los toros. En la charla con él sobra el comentario.

TARDES DE TRIUNFO

—¿Cuál es la mejor faena que ha visto?
—¡Vaya si es difícil contestar!... Han sido muchas las grandes faenas que he presenciado en cuarenta y cinco años de afición a los toros. Aquella de Ricardo Bombita en la última res que mató, la tarde de su retirada, en Madrid... La de Joselito, en aquella corrida de Contreras... La de Belmonte, con aquel cacha y sierra... El quite inolvidable que José le hizo a Juan, alcanado y derribado por un bicho de Gamero... La de Manolete, en no sé qué corrida benéfica del año pasado... Aquella otra de Arruza, en que dió las manoleteras y los molinetes con los dos rodillos en tierra... ¡Muchas, muchísimas!
—Pero, concretando...
—Si he de concretar, la mejor faena que recuerdo es la que hizo Chicuelo al toro Corchido, en la Plaza madrileña, el 24 de mayo de 1928, toda por naturales, después de haber derramado su esencia y su gracia toreras en los lances de capa y en el maravilloso tercio de quites. Y no olvidemos tampoco la faena, modelo de maestría y de clasicismo, con que Antoñito Bienvenida enloqueció a los aficionados en la corrida de la Prensa de 1942. La recuerda, ¿verdad? El pase cambiado, los cuatro naturales y el de pecho. Y otra vez, y otra, y otra... Unicamente la mano izquierda en juego. Y al final, la estocada en los mismos rubios. Aquello fué grande.

SERRANO ANGUIITA, REVISTERO

—¿Ha hecho periodismo taurino?
—¡Naturalmente! ¿Qué no habré hecho yo en más de treinta años de periodista? En 1919 y 1911 fui revisero de toros en «La Mañana», el diario que fundó el insigne Manuel Bueño con don Luis de Armiñán y don Luis Silveira. Por entonces, eran los pontífices de la crítica Don Modesto, N.N., El Barquero, Dulzuras, Claridades, Don Pío, Don Sincero y Agustín Bonnat. Yo no era más que un aprendiz; pero alternaba con él de tanto decano junto a los maestros, y por ahí andan algunas reseñas mías, hechas en sonetos, de las que no tengo por qué avergonzarme.

LOS TOROS Y EL TEATRO

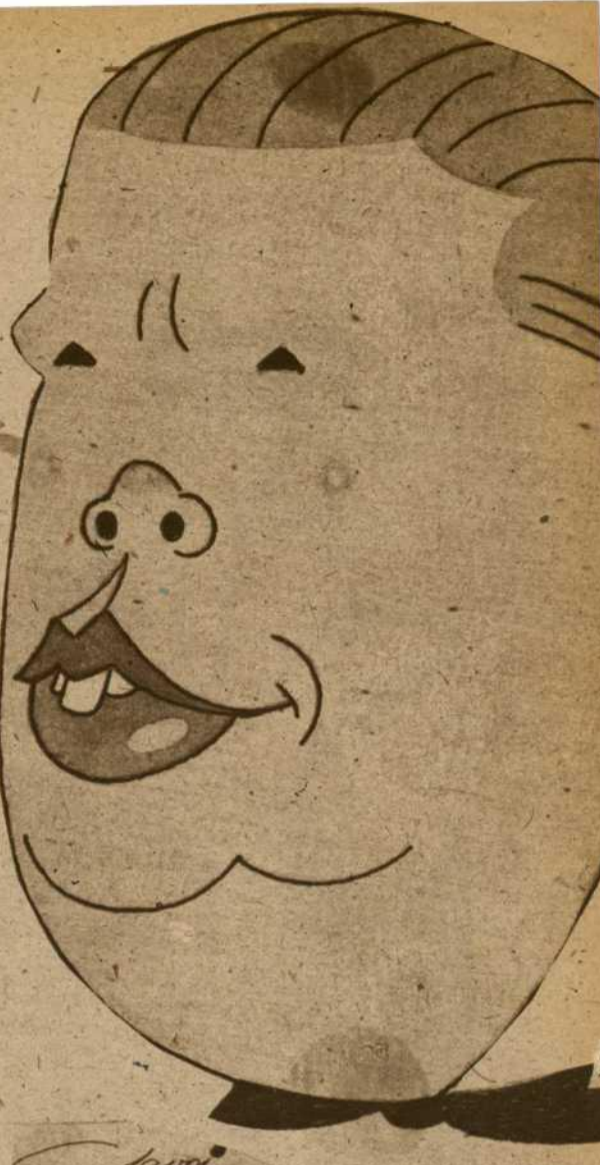
—¿Qué influencia taurina hay en su obra teatral?
—La primera comedia que estrené en un teatro «de mamaposterias» —¡vamos, en un teatro «de verdad!»— abordaba el tema taurino. Fué en el Infanta Isabel, en 1919. La obra se titulaba «La alegría de los otros», y era una especie de réplica a «Los semidioses», el drama antilamenquista de don Federico Oliver. Nosotros presentábamos el dolor de la madre y de la novia del torero frente a la alegría desbordada de la fiesta; esa alegría inconsciente de «los otros», de los que no calan en el fondo trágico de un arte, en que la muerte está siempre al acecho.
—¿Y en otras obras?
—Otras comedias mías de asunto taurino son: «La novia de Reverte», romance popular escrito con Manuel de Góngora, y estrenado por Carmen Díaz, y «La paz de Dios», que interpretaron María Fernanda Ladrón de Guevara y Rafael Rivelles. Fué la noche del 4 de octubre de 1934; es decir, la noche que estalló en España la primera revolución marxista. Antes de acabar el estreno había tiros en la Guindaleira y nos enteramos de que la situación en Barcelona y en Asturias era muy grave. Ya se hará usted cargo... No tengo que decirle sino que la segunda representación de «La paz de Dios» se verificó el 12 de octubre. De esta obra se ha hecho ahora una película, con el título de «Leyenda de ferig», que pronto se proyectará en las pantallas.

EL PRIMERO ENTRE LOS PRIMEROS

—¿Cuál es para usted el mejor torero de todos los tiempos?
—De los tiempos que yo he conocido desde que tuve capacidad para juzgar a un artista, ¿no es así? Es un tanto arriesgado juzgar un solo nombre; pero si hay que darlo, vaya el de José Gómez Gallito. Para mí, el mejor. Yo siempre fui un gallista apasionado, aunque la pasión no me quitaba el conocimiento del toro magnífico y revolucionario de Juan Belmonte. Todos los diestros que hoy triunfan son la consecuencia de José y de Juan. Tuvieron que nacer esas dos grandes figuras para que las de ahora presuman de un arte que no inventaron y encuentran fácil un camino que habían trazado otros. Esa es mi opinión sincera, con la que no quería molestar a nadie. Y... vuelvo a decirlo: para mí, el mejor de todos, Joselito.

SI LOS CABALLOS HABLARAN

—¿Hay algo que le disguste en las corridas de ahora?
—De la fiesta actual, la suerte de varas, el tormento es pantoso a que se somete a los pobres caballos. Si, si; no me mire usted como si yo estuviese loco. Creo honradamente que el caballo sufre hoy muchísimo más que ayer. Tenga usted en cuenta que a un caballo no se le «echa a los toros» más que cuando ya no sirve para otra cosa; ni para arrastrar un coche, ni para soportar la más liviana carga, ni siquiera para dar vueltas enganchado a una noria. Es un pobre despojo, comido de esparvanes, atacado del muermo, amazón de huesos y pellejos que apenas si puede tenerse en pie. Un animal así no desea más que morir lo más pronto posible, como solía morirse antes, en cuanto lo sacaban al ruedo. Ahora, en cambio, lo sacan una tarde, y otra, y otra, y cuarenta, y ciento, a recibir los feroces embates del toro, a sufrir tantarantanes y batacazos, y a que los «monos» los apaleen y martiricen cada vez que cae al suelo con el ansia de no levantarse más. Es horrible. Es



una lenta y bárbara agonía, sin otro final que la muerte.

—Entonces, será usted contrario a los petos...
—Esa diabólica invención de los petos es muy humanitaria para el espectador, al que se le evita el espectáculo repugnante de la cornada, de las tripas enredadas en las ranas del animal; de las entrañas palpitantes y humeantes sobre la arena, y del infeliz jaco patético, que parece escupir al aire la risa de sus dientes amarillos. Para el espectador, piadosísimo. ¿Para el caballo...? ¡Vamos, hombre! Si el caballo pudiese hablar y le consultásemos, nos replicaría que él quiere que lo maten pronto de una cornada, o que lo dejen morirse tranquilo en la cuadrera. Esto que se hace ahora es más cruel que lo otro. Es como si a un condenado a muerte se le llevase todas las mañanas a la horca, se le pusiera al cuello la argolla fatídica, se le apretara hasta que estuviese próximo a la asfixia y se le volviera a llevar a la celda para repetir la «faena» al siguiente día. ¡Todo porque no quiere en ni el veruago, ni los ayudantes ni los hermanos de la Paz y Caridad!

LO QUE LE AGRADA MÁS

—¿Y qué es lo que le gusta más del espectáculo taurino?
—Que es la única fiesta en que no hay engaños. Se fracasa de verdad; se triunfa de verdad; si hay que morir, por desgracia, se muere de verdad. Con el torito no caben juegos ni combinaciones de: «Déjame ganar hoy, que mañana te dejaré ganar a ti». Hasta el espectador se muestra en el tendido desposeyéndose de todo disfraz y todo disimulo. Cuando en la Plaza vemos que un hombre grita, silba, insulta a los diestros, al presidente y a los alguacillos; ruge: «¡Mátalo!», si ve a la res persiguiendo a un torero medroso; se pelea con el vecino que aplaude y lanza palabrotas porque un banderillero clava los rehiletes en el costillar... ese hombre se presenta al desnudo, tal como es: un bruto y un mal educado. Aunque luego, en la calle, en el café o en el salón, ya recobrada su máscara, aparezca como un finísimo caballero que pide disculpa por todo, sonríe a cada paso, se descubre ante los guardias de la circulación y le besa la mano a la vendedora de periódicos. Todo eso es filia. La realidad es la otra: la de la Plaza.

EL AUTOR Y SUS AMIGOS TOREROS

—¿Ha tenido amistad con toreros?
—Con muchos. Fraternal amigo mío fué Ignacio Sánchez Mojías. También lo fueron, muy bondadosos, Ricardo Bombita, Granero, Pepe el Algabeño, Manolito Bienvenida y Pascual Márquez; y ahora lo son Juan Belmonte, su hijo, Domingo Ortega, Manolete, Marcial Lalanda, Gallito, El Estudiante, Rafael Albaicín y muchos más, que harían interminable la lista.

—¿Cuándo era revisero, tenía también amigos entre los diestros?
—Mientras hice revistas, yo no tuve más que un amigo torero: el modesto matador de novillos Remigio Frutos, Algeteño, no, gran persona, cuya amistad vino a mí por caminos distintos del de su arte. No me trató con ningún otro. Ya he contado en EL RUEDO este año que a Rafael el Gallo, del que fué decidido panegirista, me lo presentaron el día anterior, en San Sebastián. A Bienvenida, padre, del que también era yo gran partidario, lo conocí mucho tiempo después, en mi viaje de retorno de La Habana, a bordo del vapor «Reina María Cristina». En el barco nació una cordialidad que perdura y que me hace ver con cariño y emoción a los canicos del famoso Papa Negro. Y a los de Domingo, por razones análogas... Todo esto es posterior a mis andanzas de revisero. En aquel tiempo, únicamente el Algeteño... ¡Ah! Y otros dos. Un novillero tuerco, al que apodaban el Cova, donga, y otro, que no existió nunca, que era un fantasma, una sombra, y que tenía el mote de Manteca. Pero del Manteca y del Covadonga no quiero hablar ahora. Son dos historias maravillosas, que tal vez cuente algún día.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

LA PRIMERA VEZ QUE FUE A LOS TOROS

—La primera corrida a que recuerdo haber asistido se celebró en Ecija, en la feria de septiembre, allá por 1894 ó 1895. Toreaban Cara-Ancha y Luis Mazzantini. Me pasó la tarde comiendo «corruco», unas grandes galletas tostadas y azucaradas que eran mi delicia. Mazzantini, amigo de mi padre, estuvo luego en mi casa, y me presentaron a él, y él me regaló un duro para que me fijasen. Yo pensaba que nunca se agotaría aquella reluciente moneda de plata, de la que mi madre se apoderó antes de que pudiera celerarla mi mano. Y durante muchos meses estuve exigiendo que me comprasen dulces, juguetes, libros de cuentos y todo lo que se me antojaba, y siempre decía, en un tono que no admitía réplica: «¡Que me lo compren de MI DURO!».

LA AFICION... CONTENIDA

—¿Ha sentido la tentación de torear alguna vez, don Francisco?
—¡Hombre, por Dios! ¡Yo qué he de haber toreado! Unicamente a alguna cabeza de toro de mimbres, ante la que yo sacudía mi delantal de colegial, haciéndome la ilusión de ser un Lagartijo o un Guerrita. Pero ahí acabaron mis habas. Ya de mozo, en mis comienzos de periodista, un compañero me convenció para que fuésemos a una capea en Vicalvaro. Accedí a ello, aunque iba tan resuelto a no moverme de la tukanquera como el otro a lanzarse a la plaza en cuanto soltasen el primer maricón. Desde luego, yo realicé mi propósito. Mi casambre fué ver que mi compañero se pasó toda la mañana encaramado en un carro. Luego me confesó que no había querido bajar por que los toros le parecían chicos. Sería que los miró desde muy alto... Ahora, don Antonio Pérez Tabernero, Pepe Alonso Orduña y otros amigos de mi tertulia dominical, andan empeñados conmigo en una apuesta: ellos, a que yo torearé en una encerrona que van a prepararme, y yo, a que no han de conseguirlo. Le aconsejo a usted que juegue a favor mío, porque es seguro que gana. Pérez Tabernero me dice para convencerme: «Pero... ¡si no hay peligro!» ¡Si yo estaré allí para volverle el becerro!... A lo que yo le contesto, lleno de lógica: «Como no me lo vuelva usted una caca-racha, no toreo.»

MI RECUERDO TRAGICO

—¿Cuál es la impresión más dramática que guarda de la fiesta?
—La muerte del pobre Enrique Cano, Gavira, en la Plaza de Madrid, en el verano de 1927. No olvidaré nunca el episodio, ni el detalle que lo hizo más cruel. Gavira había dado la alternativa al ya veterano novillero Manuel Alvarez, Andaluz, tío del actual matador del mismo apodo. Cuando, en el tercer toro, el Andaluz devolvía los trastos a su padrino y ambos se estrechaban los manos, el animal —un manso foguado, que no tomó ni una vara— se les arrancó, y los dos toreros salieron de estampía. Enrique Cano rompió a reír, y riendo saludó al presidente, riendo brindó a un amigo, y riendo, por último, se enfrentó con el morlaco, al que le hizo una faena breve y torpe, porque el mozo toreaba poco y no confiaba en sus facultades. A los cuatro minutos escasos se tiró a matar, y agarró una estocada en todo lo alto; pero no pudo salirse de la reunión, y el toro le asió una cornada seca en el vientre. Cuando lo llevaban por el callejón vi yo cómo el infeliz torero hacía una última contracción y cómo sus brazos caían laxos y desmayados. A la enfermería llegó ya muerto, y aun parecía cuajársela la risa en la boca crispada.
—¡Fuerte estampal!
—Esta de Gavira y la de un banderillero apodado Perilita, acaecida también en Madrid en 1904, son las únicas muertes que he presenciado en la Plaza. A Perilita lo revolcó el sexto toro al darle un lance durante el tercio de banderillas. Al levantarse el muchacho volvió a cazarle, sobre la ba-

VIEJAS HISTORIAS TAURINAS

Presentación en Madrid de Lagartijo Chico y Machaquito En sus contratos, siendo novilleros, exigían a las Empresas les encerraran con toros de cuatro a cinco años



Rafael González, Machaquito

TRANSCURRÍA el año 1898 sin que en el campo taurómico se registrase suceso alguno de relativa importancia.

Guerrita, Fuentes, Lagartijillo, Emilio Torres, Bombita, Minuto y Conejito, diestros contratados por la flamante Empresa madrileña constituida por los señores Balbotín, Charlo y Compañía, no alcanzaron aquella temporada grandes éxitos, y muchos fueron los buyes que se lidiaron en el últimamente desaparecido palenque de la carretera de Aragón.

El verdadero acontecimiento, que vino a inyectar una considerable dosis de entusiasmo a la decaída afición de entonces, lo constituyó la presentación ante el público ma-

drileño de los jóvenes cordobeses Rafael González, Machaquito, y Rafael Molina, Lagartijo, hijo éste del gran peón y banderillero Juan Molina y sobrino del célebre competidor de Frascuelo, Lagartijo.

Hasta Madrid había llegado el eco de las ovaciones que los públicos provincianos venían dispensando a los jóvenes lidiadores, constituidos en cuadrilla bajo la dirección del ex torero, también cordobés y para la profesión inútil, Rafael Sánchez, Bebe, y de los que era apoderado.

Recorriendo de triunfo en triunfo los dos Rafaelos los principales cosos de la Península, y siendo empresario para la temporada canicular don Pedro Niembro, contrató éste a la cuadrilla, para debutar en Madrid el 8 de septiembre.

La presencia de Rafael Molina, Lagartijo, en las calles madrileñas en la víspera de la corrida, despertó el entusiasmo de los aficionados.

Se anunciaron para ser lidiados seis toros, grandes y gordos, del duque de Veragua, pues el Bebe, velando por los prestigios toreros de sus poderdantes, tenía en sus contratos, para todas las Empresas, una cláusula determinando que las reses que tenían que lidiar los jóvenes espadas cordobeses debían tener de cuatro a cinco años.

¡Exactamente igual que en los presentes tiempos! El primer toro que mató Machaquito era negro y atendía por Conejo, y el despachado en segundo

Terminada la novillada, los comentarios en todos los medios taurómicos fueron interminables, porque los chicos en grande, con sus extraordinarias aptitudes, armaron una verdadera revolución, alborotando el cotarro taurino en grado superlativo.

Confirmado aquel exitazo con otros obtenidos en posteriores corridas, los dos Rafaelos se colocaron en seguida a la cabeza de la novillería, y al siguiente año, 1899, anterior al de sus alternativas, actuaron en cincuenta y ocho corridas, siendo, retirado ya Guerrita, la más alta representación colectiva de la tierra del Gran Capitán.

En realidad era una pareja de muchachos que se completaba. Machaquito, nervioso, bullidor e inquieto, no vacilaba en ir al toro para hacerlo él todo. Quebraba con las banderillas; sus pases de muleta dados entre los pitones eran emocionantes y entraba a matar en corto y por derecho, haciendo el cruce un tanto alto, defecto que le perjudicaba por su estatura, que le hacía llevar volteos y hocicazos, sacando las pecheras de las camisas destrozadas.

Rafaelito Molina toreaba con aplomo. Veroniqueaba con clásica elegancia. Sus quites eran gallardos y adornados.

Al matar perfilábase un poco más largo que su compañero y menos unidos los pies; pero el viaje lo hacía tan recto como él, siendo el cruce y la ejecución de la suerte más limpia. Sus medias estocadas recordaban las de su tío y sus volapiés.—DON JUSTO



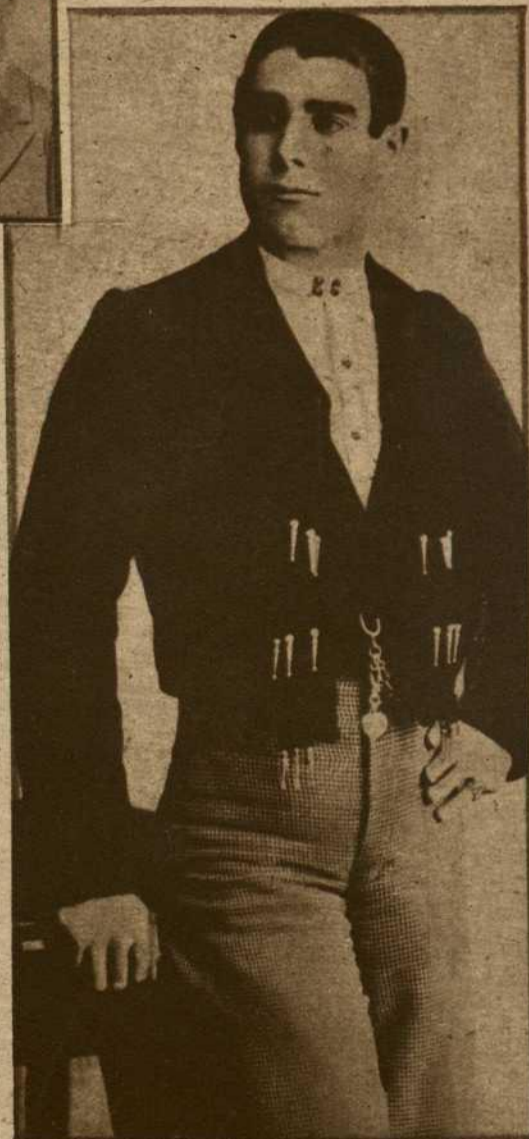
Machaquito y Lagartijo Chico en la época de su debut en Madrid. En el centro, el apoderado de ambos, Rafael Sánchez, Bebe

lugar por el hijo de Juan, Lechuzo, del mismo pelo.

Los toros de aquella ganadería, llamada entonces de etiqueta porque era la obligada en todas las corridas de categoría, fueron en su mayoría mansurriones y huídos; pero, no obstante, los mozueros de Córdoba la sultana estuvieron enormes.

Mataron muy bien los seis toros; banderillearon, realizando toda clase de suertes, no parando un instante en la brega de aquellos seis toros cuajados y de respeto en las testas, demostrando en el decurso de la corrida ser toreros hechos, valientes, de largo repertorio y fina ejecución.

No cesaron, por consiguiente, las ovaciones, y al final de cada una de ellas los espectadores miraban al palco 116, desde donde el viejo torero contemplaba con verdadero placer, aplaudiéndoles, el triunfo de aquellos jovencuelos con diecinueve abriles cada uno debajo de sus áureas casaquillas.



Rafael Molina Lagartijo, Chico

ACEYTE YNGLES

PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 100



ROMANCES DE LA TORERIA

PEPE ANASTASIO

Para **JESUS ROMO**

Por **RAFAEL DUYOS**

—Oye, tú, ¡Pepe Anastasio!
¿Quieres una bicicleta?
—No, madre. ¡Quiero un caballo!
—¡Pepe Anastasio! Chiquillo,
voy a comprarte un... "Mecano" ...
—No, madre. Yo sólo sueño
con galopar por el campo,
rienda suelta y sin espuelas,
con mi caballito bayo...

No era bayo, que era tordo;
pero era... ¡todo un caballo!

—¡Niño! ¡Te vas a matar!

¡De casta le viene al galgo!
¡Qué bonito está, jinete
con su garrocha en la mano!
¡Qué valiente, bajo el sol,
sobre "Sultán" desbocado!
¡Qué fino, con las estrellas,
a "Babieca" cabalgando!
¡Qué diestro, de noche y día,
sobre "Armillita" montado!

Entre dos ramas del río
la marisma está soñando.
Guadalquivir de la lluvia...
Guadalquivir del secano...
Y en medio de los dos ríos,
grande, triste y solitario,
como en país de abanico,
florece en el fondo un árbol.

¡Eh... que ya vienen los toros!
¡Eh... que ya están apartados!
¡Eh... que han nacido en octubre!
¡Eh... que los lidian en mayo!

Berrenda en verde, la tarde,
mimosa, está sesteando...
—la mecedora, el pay-pay,
la camisola, el helado...—
—¿Y el niño? ¿Dónde está el niño?
¡Oye, tú... Pepe Anastasio!

¡Ya no puede echarse atrás!
¡Ni un día, ni un solo paso!
Ya don Alvaro Doméca
le ha dado el espaldarazo.

Ya "doña"... Pastora Imperio
por tanguillos le ha "bailao"...
Le esperan Plazas calientes,
con ruedas enarenados,
bajo lluvia de sombreros,
entre "mítines" de aplausos...
El arco iris se cuelga
rosa a rosa sobre el palo
de los rejones y enciende
del caballista las manos.
¡Cómo aprieta el redondel
a "Babieca" y al muchacho,
hechos a la ancha marisma
de sus predios sevillanos!...

¡Qué estrecho parece el ruedo
para unos cielos tan altos!

Como en baño de rocío,
trotta "Babieca", sudando.
Por los ijares de sangre,
la espuela de hierro y nardo...

—¡Pobrecito! ¡Pobrecito!
¡Nos mira el toro! ¡Anda! ¡Vamos!

De perfil y de reojo,
larga embestida burlando...
—Anda, "Babieca", mi alma;
anda, que el toro es muy bravo,
y, además, es nuestro amigo...
¡Fué nuestro amigo en el campo!

Veinte mil voces: "¡¡¡Olé!!!"
Y el rejón, tieso, ¡en lo alto!,
como pendón de valor,
como bandera de garbo.
Y una y otra y otra tarde,
con Plazas hasta el tejado,
mientras le aclaman las gentes
por tan gracioso y tan macho,
oye la voz —como en sueños—,
la voz de sus niños años,
voz que no puede olvidarse:

—Oye, tú... ¡Pepe Anastasio!
¿Quieres una bicicleta?
—No, madre... ¡Quiero un caballo!

Madrid, verano de 1945.



EXAMEN DE CONCIENCIA

Por EL CACHETERO



EL otro día, un buen amigo, y por ello uno de los escasos lectores que le vienen siguiendo a uno por las trancas y

barrancas taurinas a lo largo de los tres años de edad con que cuenta esta firma, me espetó lo que sigue:

—Amigo mío, le encuentro a usted bajo de forma, si me permite la expresión deportiva, o sea flojo, mansueto y pausado en aquellos impetus que señalaron su entrada en el campo taurino. ¿Se ha cansado usted, señor Cachetero, de arremeter contra todos los entuertos de la fiesta de toros, ahora que, por desgracia, parece que surge uno nuevo cada día?

Confieso que estas palabras me impresionaron lo bastante para meterme en un examen de conciencia algo riguroso. Y aquí está uno clamando, hace tres años, en un desierto de resultados. Uno no era tan pedante como para suponer que su forma iba a traer de la mano la total regeneración de la Fiesta nacional, ni tampoco tan iluso para creer que, alzada mi bandera, se iba a apolotonar gente bajo sus pliegues para emprender una cruzada; pero, en fin, algo se esperaba de la inauguración de una sección en un diario, de un semanario y de un cronista, mejores o peores, pero desusados, y ustedes me entenderán, y los de pluma taurina, mejor. Pero el desconcierto es grande si se piensa que en los tres años las cosas han ido a peor, a mucho peor, que fueron en los diez precedentes, con una caída uniformemente acelerada; toros más pequeños, hasta lo abusivo; más caros, hasta mayores límites; localidades inasequibles y honorarios doblados.

Y es lo que se dice: ¿estará uno aquí trabajando, o poniendo su granito de arena de avivar en el público el interés de la fiesta taurina con limpieza y altura para el único resultado de redondear más la bolsa de Manolete y Arruza, por ejemplo? Porque esto es lo único que se ve. Que Manolete cobró ochenta y cinco mil pesetas por torear la corrida de la Prensa del cuarenta y cuatro, y este año estaba contratado en ciento cincuenta mil; que las localidades cuestan el doble y que los toros son más pequeños. Y uno se dice: ¡Bra o resultado, señor Cachetero!

Mejorar, nada mejora, y empeorar y encarecerse, cuanto se toca. Casi se piensa el acierto que supondría quitar pasión al interés que se ha despertado por la fiesta, dejar a

ésta en los círculos restringidos en los que ha vegetado —y progresado— épocas enteras, en los límites de la «afición», que no del público, porque el popularizar la fiesta, paradójicamente, sólo ha servido para encarecerla, o sea, en definitiva, para apartar al pueblo de ella. ¡Brava coincidencia, señor Cachetero, el aceleramiento de esos tres años hacia lo malo, con el tiempo de su oficio crítico!

Y ésta de la ineficacia y de lo contraproducente acaso es la primera y amarga consecuencia que se extrae del examen de conciencia laboral más somero; luego, a renglón seguido, viene otra, no dulce también, pero ya más advertida, y es que se duda de la razón que uno pueda llevar en los escritos. Vamos a explicarnos: resulta que al cabo de ver el mundo taurino de cerca, aparece todo él tocado de razón y sinrazón a medias. Todos, absolutamente todos los elementos que intervienen, son unas víctimas por una cara y dejan de serlo un momento después, para volver a empezar de nuevo.

Todo el mundo tiene razón y todo el mundo no la tiene en absoluto, según por donde se mire. El caso es que al penetrarse de esta verdad, se comienza a desconfiar de la propia razón, e intimamente se pierde impetu, aunque bien revisado el asunto, vuelva a cerciorarse uno de su razón entera. Pero esto de ver a todo el mundo equivocado, al que piensa honradamente le da mucho miedo. Y, sin embargo, así es. Un ejemplo lo tenemos en la famosa Empresa de Madrid, a la que se le mire según se mire, aparece como un conglomerado de señores cuya actuación taurina no puede ser más triste, desconsolada y desastrosa, o como una entidad que en las actuales circunstancias aun hace cuanto puede por que se celebren corridas en Madrid, mejores o generalmente peores, con muchos defectos, pero con sujeción a unas reglas

determinadas que fallan por ahí.

Uno, la verdad, ha estado siempre en el primer grupo, y desde este sitio se ha maltratado, ironizado y desdeñado a la Empresa todo cuanto se pudo. Se está todavía en el mismo puesto con idénticas fuerzas, esfimando que su labor triste, floja, sin garbo, con su preocupación garbancera de sacar unos duros cada tarde, sea como sea, a lo pobre, no es lo que cuadra a la primera Plaza del toreo; que esta Empresa se ha tragado el abono y que moralmente no sostiene un puesto que es clave del toreo, que sin él se resiente, y con todo eso, si ahora un aficionado me parase en la calle y me dijera, poco más o menos:

—Señor Cachetero: está usted completamente equivocado. La Empresa de Madrid no tiene ninguna obligación de ser unos caballeros andantes, o sea, la Tabla Redonda del toreo. No compra ganado, porque tal como están los toreros, sobre todo los caros, si se quiere pensar —no asegurar, sino pensar— en su participación módica, regateada y cobrada a peso de documento, tiene que dejar en blanco lo del ganado, hasta que ellos consientan en principio, o lo proporcionen como el sastre del Campillo, sólo que todo lo contrario que de balde. No contrata nada con anticipación, porque no se puede hasta conocer voluntades y voluntades, como decía Unamuno, que están en mitad del Atlántico o en pleno reposo. No organiza abono, porque para hacerlo a base de los mismos que van a torear las corridas sueltas truncadas entre semana, y a pique de deshacerse siempre minutos antes de pegar los carteles, no se ve la ventaja. ¿Que vengan Manolete, Ortega y Arruza? Treinta mil duros por taleguilla pagaban los de la Prensa, y no vinieron. ¿Que hacer? ¿Pagarles cuarenta mil y con los toros, siempre al filo del escándalo, que exijan?

¿Poner las localidades en consecuencia, porque la Empresa es una sociedad comercial? Yo creo que la Empresa, aunque sea por forma tacaña de llevar el negocio; está preservando, en lo posible, a Madrid de ocupar la capitalidad de la generación del toreo.





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

CUATRO TOREROS DELANTE

En primera línea, porque su categoría es muy grande. Y si alguno de ellos no brilló con la misma intensidad que los otros, su valor, su enorme decisión, en muchos casos —en casi todos—, trató y llegó a suplir su ausencia de conocimientos profesionales o, por mejor decir, de arte.

Rodolfo Gaona, Ricardo Torres, Bombita; Rafael Gómez, el Gallo, y Manuel Rodríguez, Manolete, se han reunido a comer en Monte Igueldo. Están rodeados, como se observa en la fotografía, de unos señores con sombrero ancho, que no sería mucho suponer en ellos su procedencia subalterna. Hay tipos corpulentos en los que —sin pecar de perspicaz— se les nota la vara; otro con gorrilla y húmante puro, que huele —él, no el veguero— a mozo de espadas desde muy lejos, desde todos los años que median entre el momento de la fotografía y su publicación de hoy.

Se han reunido todos, y los que están dentro del local para celebrar el homenaje que le ofrecen a Bombita por no sabemos qué motivo, aunque el célebre espada los dió durante su vida profesional sobrados para banquetes y otros actos honoríficos.

Y como demostración del aserto, como prueba clara y terminante de su altura taurina, ahí están Rodolfo Gaona, el Gallo y Manolete. El mejicano, con su larga his-

toria de triunfos, en aquella época dura en la que cada éxito costaba apretarse los machos con mucha fuerza; el gitano Rafael, con su buena teoría de genialidades, de éxitos extraordinarios y de broncas fenomenales, y Manolete, aquel pequeño Bebé Chiquitín con cuyo nombre saltó a los ruedos, para continuar una carrera llena de voluntad y valor desmedido; todos han llegado a la poca taurina ciudad de San Sebastián, en una época en que era necesario el impermeable —como demuestra la indumentaria viajera de Rodolfo Gaona— para rendir homenaje al torero de Tamares. Y a la vista salta que para mover a tres figuras de la tauromaquia

de aquellos tiempos, se necesitaba una fuerza de atracción tan notable como la que poseía entonces Ricardo Torres.

Porque ahí están. los tres haciéndole coro en aquel acto; sirviendo de acólitos empurpurados y hasta, si se quiere, de contrapeso a la hora de tener que recibir los plácemes de la concurrencia, cuya representación menguada —en número, claro es— en la fotografía, se vería acrecentada en número elevado a la hora de la verdad. Es decir a la hora de la servilleta.



LA MUJER Y LOS TOROS

UNA CORRIDA CON TRES SEÑORITAS TORERAS

EL embrujo de los toros no enciende solamente la ambición de gloria y de fortuna de esos muchachos que se juegan la vida en el duro aprendizaje del oficio de torero. En todos los tiempos, las mujeres dieron un contingente de ilusionadas, que se lanzaron a los ruedos para ejercer el arte de lidiar reses bravas.

Siempre las más apasionadas discusiones en torno a la actuación femenina, que, con alternativas frecuentes, autorizaban o prohibían las autoridades gubernativas.

La Reverte y la Manolita, antaño; Juonita de la Cruz, después, y muchas otras a lo largo de los tiempos, demostraron que no habrían de



La Reverte, figura femenina en el toreo, que llegó a cobrar gran popularidad en su época



Un adorno de Conchita Cintrón, la última señorita torera que ha pisado los ruedos, autorizada únicamente para rejonear en España

ser una competencia peligrosa para los matadores. Aunque alguno de fama —no recordamos si Machaquito o Vicente Pastor—, en sus comienzos, actuaba alternando con una lidiadora que, abandonando luego la profesión, solía saludar, cuando encontraba al diestro ya renombrado, con un:

—¡Hola, compañero!

En la temporada de 1945, una figura de mujer ha hecho su aparición en los circos taurinos. Nos referimos a Conchita Cintrón, que ha venido a quebrar aquella tradición de que las mujeres no interesaban como lidiadoras. Porque Conchita Cintrón no sólo ha triunfado plenamente como rejoneadora, sino que en actuaciones a puerta cerrada, donde toreó pie a tierra, demostró que su exquisita feminidad no excluía la existencia en ella de una colosal figura torera.

¿Por qué fracasaron antaño las mujeres toreras y no fracasó hogaño Conchita Cintrón? La respuesta es fácil. Antes, los toros eran de respeto. No se atrevían, claro es, aquellas temerarias señoritas toreras con los toros de seis años y treinta arrobas que lidiaban los toreros. Sus actuaciones frente a novillos de menor tamaño restaba emoción a la fiesta.

Los toros que lidian los toreros de hoy no se diferencian mucho de los becerros y novillos que lidiaban las mujeres toreras. Se ha perdido la emoción del toro. Y ello agiganta la figura de la señorita peruana, que se enfrenta con enemigos de igual categoría que los elegidos meticulosamente para los ases.

En Sevilla —tenemos a la vista unas fotos y revistas de la fiesta— se celebró, en septiembre de 1902, una corrida organizada por la Cofradía de la Carretería. Se lidiaron seis toros de Benjumea, tan excesivamente grandes, que "era humanamente imposible que los torearan esas infelices "toreras", decía "Sol y Sombra".

La corrida era nocturna, y cuando ya estaba llena la Plaza y se disponía a empezar el espectáculo, comenzó, inopinadamente, una lluvia torrencial, que dejó encharcado el ruedo.

En esas condiciones se lidiaron dos toros, que resultaron mansos. En el tercero, Manolita, que era la matadora, fue cogida y retirada, sangrando. Entonces en el público se despertó, por un momento, el instinto de compasión y gritó, indignado, para que las señoritas se retiraran del redondel.

"La víctima —continuaba diciendo "Sol y Som-



Maria Montalvo Manolita, herida en la Plaza de toros de Sevilla, rodeada de los médicos que la asistieron y varios amigos

bra"— fué trasladada a la enfermería, y aún se escuchaban los quejidos de dolor que lanzaba cuando le practicaba la cura el hábil cirujano señor Sánchez Lozano, y hasta las señoras que ocupaban los palcos habían olvidado ya el sangriento espectáculo y continuaban insensibles en sus localidades, haciendo que continuara la lidia." Esta corrida sevillana del año 1902 en que actuaron tan desafortunadamente tres señoritas toreras, determinó una enérgica campaña, como consecuencia de la cual, y durante algún tiempo, se prohibió la actuación femenina en espectáculos taurinos.

ALFREDO R. ANTIGUEDAD



Un reciente retrato de la señorita Cintrón, durante un festival en el cual actuó



La peruana Conchita Cintrón, que alcanzó resonantes triunfos en nuestros ruedos, en una faena de muleta



Bombita y Machaquito aconsejando al público que se retire del ruedo zaragozano, el 16 de octubre de 1908

Una efemérides del primer tercio

EL ORIGEN DE QUE A LOS RUEDOS LOS PEINASEN CON RAYA

Por DON INDALECIO

CUANDO finalizaba la temporada de 1908, en el horizonte taurómico aparecieron densos nubarrones, heraldos de cercana tormenta. Los picadores, por un lado, los espadas por otro, y los ganaderos por aquí y por allá, se reunían, conspiraban y tenían sus cabildeos. Las palabras «puya de verano» y «puya de otoño» iban de los labios de los criadores a los entredientes de los varilargueros, sin que unos y otros se pusieran de acuerdo. Si los ganaderos se decidían por la afirmativa, los de a caballo o taban por la negación. En tanto, los matadores se encogían de hombros, interesados en llevar pajitas a su nido, un nido que, en seguida, iba a tomar forma, bajo la denominación de «conflicto de los Miuras». Tal fue el chaparrón, con granizo y todo, en que vinieron a dar los densos nubarrones de que hemos hablado más arriba.

El primer trueno, los primeros goterones y precursoros de la tormenta fuerte que los matadores de alternativa, capitaneados por Bombita y Machaquito, preparaban contra los toros de don Eduardo Miura, sonó y cayeron en el ruedo zaragozano hace treinta y siete años, cuando se celebraban sus famosas corridas de feria, aquella temporada más relumbrantes, por cuanto en la ciudad estaba abierta la Exposición Hispanofrancesa, conmemorativa del primer centenario de sus Sitios.

Nada que se saliera de lo corriente y mediente había ocurrido en la primera función, en la que Ricardo Torres y Rafael González despacharon lucidamente seis colmenareños de don Félix Gómez. En cambio, la semilla del conflicto germinó con la abundante lluvia caída en las fechas siguientes, 14 y 15 de octubre, con obligada suspensión de la segunda y tercera corridas, trasladadas a los días inmediatos.

En la mañana del 16, los picadores de Ricardo y de Rafael, que eran los espadas ajustados para estoquear, mano a mano, seis toros de don Felipe de Pablo Romero, tiraron por en medio de la calzada y dijeron que ellos no picaban por la tarde con la «puya de otoño», implantada recientemente a petición de los ganaderos. Allá en el patio de caballos, hubo palabras del mejor tamaño, dimes y directes, amenazas de multas y proximidad de una nueva suspensión del espectáculo, y ahora no por motivos atmosféricos. Pero si se arregló lo de Caparota, ¿cómo no se había de arreglar, igualmente, aquel iniciado conflicto de los hombres de la calzona? En Zaragoza había un gobernador civil de cuerpo entero, el maurista don Juan Tejón y Marín, quien puso término a la discusión y evitó el conflicto, por aquella tarde al menos; picarían con la puya otoñal; mas, para que cada uno ocupase su «terreno», en la arena pintarían una franja indicadora de hasta dónde podía salir el picador en busca del toro, sin salvoconducto que valiera para trasponer los límites justos. ¿Cuántas veces no se habrían pasado de la raya los picadores de aquella y de otras épocas? Infinitas, a no dudar. Pero en la fecha-histórica del 16 de octubre hicieron cuestión de gabinete no llegar a la raya y no llegaron. Tesón con castoreño se puede llamar a esa figura.

Cuando el público se acomodaba en sus locali-

dades, un artista de brocha gorda había pintado un círculo rojo, a base de almagre o de sangre de golletazo, a juzgar por los vivos colores que ofendían la vista. Seguramente hizo su trabajo a satisfacción de los picadores, que mucho es que no exigieron que, en vez de la franja pintada, no se abriera entre el terreno del toro y del suyo una pequeña zanjita.

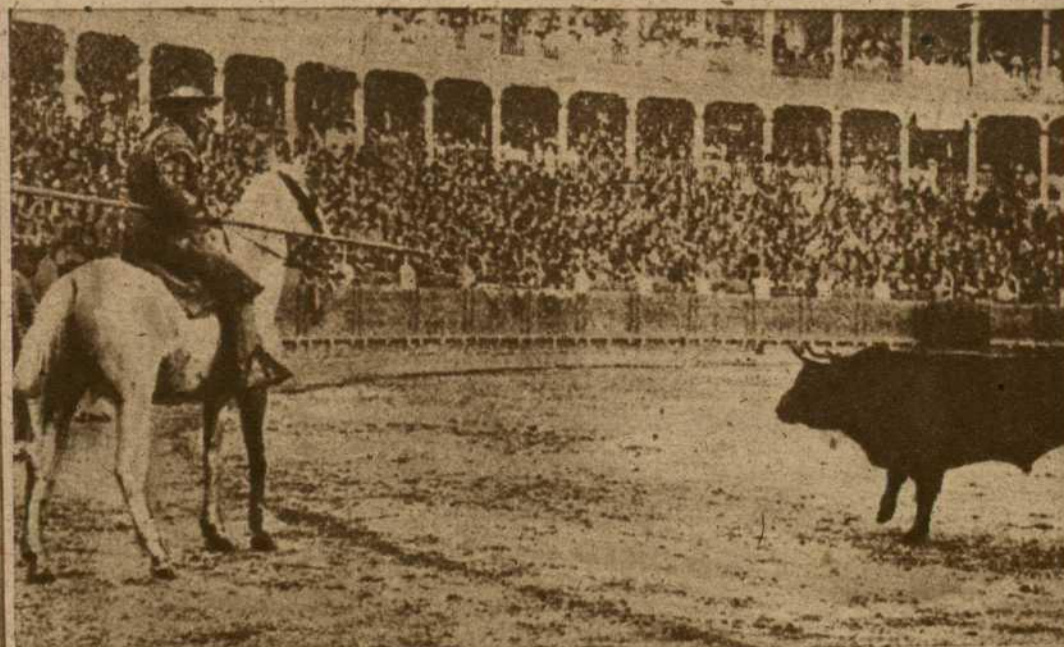
El espectáculo de la tarde —ya hemos dicho que el otro «espectáculo» se había dado por la mañana— resultó de acuerdo con la «sana» intención que llevaban al circo los de la lanza. Los Pablorromeros, en cuyo favor no pondríamos las manos en el fuego ni por la excelente presentación ni por la bravura que se escondía bajo su fachada, salieron a luchar con las cuadrillas, pero no a enfrentarse con los elementos, como «la Invencible» del segundo Felipe. Y esos elementos adversos fueron los varilargueros, que, al pisar la raya que separaba su dominio del ajeno, no hacían ni tanto así por que el toro se les arrancase; como fué elemento en contra la franja tan ancha y tan roja, que constituía algo raro a la vista y ante la que se paraban, extrañados, los toros de don Felipe. Consecuencia: que hubo banderillas de cohetes para dos toros, y que el público protestó contra otro, se lanzó al redondel para obligar a la sustitución,

cosa que consiguió por su desgracia, pues el sobrero era una fea alimaña de Ripamilán, que ni el diablo tenía por dónde cogerla, ni por dónde lucirse Ricardo Bombita, que fué su matador.

La función resultó mala de punta a punta. Bombita y Machaco, que habían rehabilitado en la primera de feria el cartel que tenían malparado por sus actuaciones en mayo, en las funciones que se dieron con motivo de la apertura de la Exposición, volvieron a dejar con las uñas fuera a los aficionados aragoneses. Y para la cuenta final que había que exigir a la llamada «Empresa Popular», organizadora de la temporada, la del 16 de octubre era un borrón más y una nueva tarde para sumar a las muchas que en 1908 salían los espectadores mascullando palabrotas.

Para la historia del toreo no hay que dar ningún detalle más de esa corrida. Lo único importante fué ese gesto de coquetería peluqueril. Por primera vez una Plaza española se peinaba con raya. Una raya para una sola tarde, que resultó bastante exagerada y llamativa. ¿Por su anchura? ¿Por su vivo color? ¿Por la falta de costumbre? Quizá fuera por todo eso. Cuando, años más tarde, peinaron a todos los ruedos con otra raya más fina y de color blanco, ni se asustaron los toros, ni los picadores, ni el público. El peinado con raya para todos los días dejó de provocar conflictos como aquel primero de Zaragoza.

No hay que dudar, pues, de la ventaja grande que trajo a las Plazas, el establecimiento de la permanente.



Zurito ante la «raya», el 16 de octubre de 1908, en Zaragoza

DOÑA PIEDAD FIGUEROA DIRIGE PERSONALMENTE LA GANADERIA DEL DUQUE DE TOVAR



Doña Piedad Figueroa, condesa de Arcenales, que dirige la ganadería de su padre, el duque de Tovar

MI MISION --NOS DIJO-- ES MANTENER LA PUREZA DE MIS TOROS

Je ¡Je! Torito... Teodoro Polo —el mayoral de la ganadería— se balanceaba satisfecho sobre la grupa de su blanca jaca. De vez en cuando, la espuela se clavaba en los ijares del bruto, haciendo girar la cabalgadura de izquierda a derecha. Aquel movimiento de abanico le colocaba siempre de frente al tropel de reses bravas, que le seguían dóciles a sus palabras y al troje de su jaca.

Cuando la camada se quedaba atrás, él la llamaba, con su voz suave:

—¡Je! ¡Je! Torito...

Entonces alojaba la rienda.

Una nube de polvo se elevaba, ocultándonos su figura estelta sobre la jaca. De la galopada sólo nos quedaba el recuerdo de un golpeteo seco, vibrante, sobre la reseca tierra del prado.

Las reses acababan de vadear el río, y ya empezaban a perderse por los ojos del Puente de Viveros. Volviendo la cabeza, podía columbrarse a vista de pájaro una casita blanca. Aquella casita, más adivinada que vista, dominaba vigilante toda la finca de Aldoveas.

—Allá, al fondo —me decía el mayoral—, están las vacas. Un poco más al norte, el cercado donde pastan los toros, que se lidiarán la próxima temporada, y en este prado tenemos los becerros.

Teodoro Polo, según hablaba, iba subiendo el tono de su voz.

—Usted, Teodoro —le dije—, está enamorado de todo esto.

El mayoral dió entre sus manos la enésima vuelta a su sombrero ancho.

—Ya sabe la señora condesa cómo los mimo y cómo los seguiré mimando. El día que no pueda hacerlo, yo me despediré de la señora condesa.

Doña Piedad Figueroa, condesa de Arcenales, señora y ganadera, se sonrió complacida.

—No sea tonto, Teodoro, usted los quiere demasiado para dejar nunca de quererlos.

Teodoro Polo montó de un salto sobre la jaca. Hizo girar la cabalgadura, se inclinó ligeramente y se despidió:

—Adiós, señora condesa...; adiós, señor.

Con paso lento, atravesamos el prado. Marchábamos en silencio y sin prisas. El sol caía fuerte y el vientecillo no calaba muy dentro. La señora condesa de Arcenales marchaba abstraída en sus pensamientos. Y el periodista pensaba en la condesa ganadera. En la primera ganadera castellana.

Porque doña Piedad Figueroa es, ante todo, una ganadera auténtica. Creo que no es la única ganadera. Pero como ella, ninguna. No es lo mismo ser dueña de una ganadería

que ser dueña y a la vez ganadera. Llevar con mano única el negocio, dirigirlo, conocer sus problemas, montar a caballo para seleccionar entre la camada la corrida que debe lidiarse, y mantener su voz con energía y mando en las faenas de fiestas, no es lo mismo que representar un nombre ganadero.

Doña Piedad Figueroa lleva y dirige con acertado éxito la ganadería de los Herederos del duque de Tovar.

—Condesa, ¿quiere decirme la procedencia de sus reses?

—Verá usted —me dijo suavemente—. El año 12, mi padre, el duque de Tovar, compró la ganadería de los hermanos Arribas a Felipe Pablo Romero. Con el tiempo, mi padre vendió íntegra la ganadería de Arribas a Bernaldo de Quirós. Después de esta venta, el duque compró seguidamente la ganadería de Félix Suárez, que es la que actualmente conservo, porque a la muerte del duque, la heredamos la duquesa y yo. Nuestras reses las lidiamos generalmente a nombre de Herederos del Duque de Tovar, y otras veces, las menos, a mi nombre.

De una manera u otra, nuestra ganadería se mantiene como siempre, sin mezcla alguna de sangre, y nuestros toros son puros de Félix Suárez, de procedencia de Santa Coloma y Saltillo. Esta ganadería sólo conserva de la de Arribas la antigüedad que tenemos como ganaderos y los hierres de entonces.

—¿Qué promedio de corridas vende usted en la temporada?

—Ocho corridas. El año 42 salieron de mi finca 72 toros.

—¿Cuántas reses hay en su finca?

—Trescientos noventa y una de hierro y 71 crías. En este número, dentro de muy poco, habrá que añadir las que esperamos. Que son unas 130 más.

—Usted, como ganadera, ¿qué es lo que cuida más?

—La pureza de la sangre.

—¿Y luego?

—Cuidar con esmero las vacas.

—¿Es realmente angustioso el problema ganadero?

—Sin duda alguna, es muy grave.

—Usted cree que el peso, verdad del toro es aquel que tiene cuando abandona los prados y no el que arroja después de su arrastre en el ruedo?

—Para el ganadero, el verdadero peso del toro es el que tiene cuando sale de sus prados. Porque en los cajones y en el viaje pierde mucho, lo mismo que en los corrales. Pero el aficionado, muchas veces no tiene en cuenta que el ganadero vende sus toros con un peso en el campo, y que más tarde, si ganan como si pierden en su peso, no es culpa de ellos.

—¿Contenta del juego de sus toros en la pasada temporada?

—Sí, muy contenta. Y recuerdo con alegría la gran tarde que mis toros dieron en Málaga y Valladolid.

Habíamos llegado junto a la verja de su castillo. El portón se cerró de golpe a nuestra espalda, casi silenciosamente.

—Miré por el amplio ventanal.

Abajo, en los prados, el mayoral, montado en su blanca jaca, nos recordaba una estampa cortijera.

—Podía haber jurado que el mayoral hablaba con los toros cuando les llamaba.

—¡Je! ¡Je! Torito...

CRUZ ERNESTO FRANQUET

Ilustre Ayuntamiento de ARANDA DE DUERO (BURGOS)

Este Ilustre Ayuntamiento abre un concurso de proyectos para la construcción en esta localidad de una Plaza de Toros, cuyas condiciones obran en la Secretaría Municipal a disposición de los interesados.

El valor de la Plaza se calcula en unas NOVECIENTAS VEINTICUATRO MIL pesetas, otorgando el Ayuntamiento, a fondo perdido, una subvención de CUATROCIENTAS MIL.

Aranda de Duero, 19 de Noviembre de 1945.
El Alcalde.

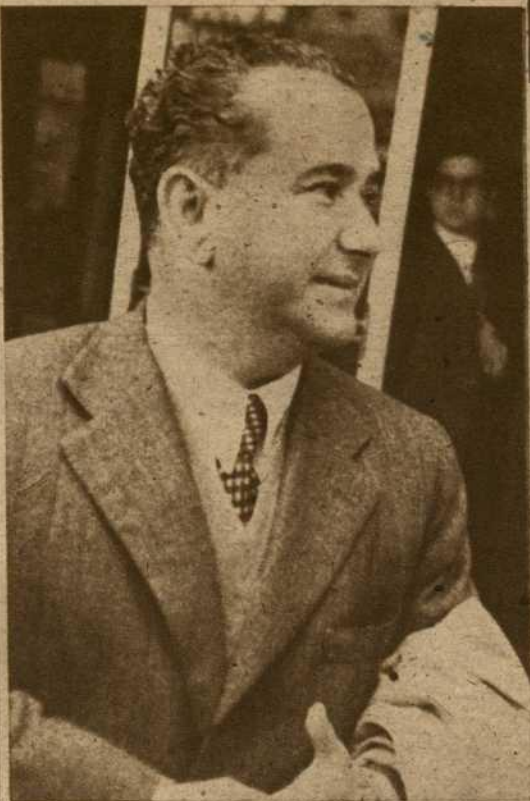


Bajo los arcos del Puente de Viveros pasan en reata interminable los becerros camino del prado, donde muy pronto sestearán. La figura del mayoral, recordada en el cielo castellano, como una vieja estampa cortijera, llena de señorío campero (Fotos Manzano)

TEMAS INVERNALES

MANOLO BELMONTE, albacea testamentario de los Herederos de PAGES, habla de la continuación del negocio

La sequía sufrida en los pastos retrasa la adquisición de ganado— nos dijo el ex diestro sevillano



«No existe nada en firme... Vine para cambiar impresiones con los herederos de Pagés...»

No habíamos perdido... casi olvidado. En su Sevilla se refugió al retirarse, y allí vive para su familia y los negocios taurinos. Vino a Madrid, en los días pasados, para resolver infinidad de asuntos de la próxima campaña taurina. Es su única misión organizar, y a ello consagra todas sus horas del día... y de la noche, cuando la importancia de un espectáculo lo requiere.

Esta es la vida actual de Manolo Belmonte, hermano de Juan Terremoto y tío del menor de la dinastía belmontista.

Y como fin principal de este rápido viaje, todo lo relacionado con las organizaciones de su íntimo amigo don Eduardo Pagés. Cambios de impresiones entre quienes fueron colaboradores suyos y los herederos.

Manolo Belmonte ha marchado nuevamente a Sevilla, y antes de partir para la ciudad de la Giralda, el Destino nos deparó una gran oportunidad para conocer parte de los proyectos que tiene respecto a la Plaza de la Maestranza.

Sevilla, escuela de esta gran fiesta que son los toros, señala normalmente el camino para el resto de los cosos. Con Manolo Belmonte al frente, organizador, gerente y representante, los sevillanos esperan siempre confiados la temporada.

Modesto, como en sus tiempos de matador de toros, al margen de lo que podría suponer orgullo, Belmonte II esquiva la nota publicitaria. El organizador de los festejos taurinos de la Maestranza ha dicho algunas cosas a costa de mucho porfiar...

LAS ORGANIZACIONES TRANSFORMADAS EN EMPRESA

Gran renombre cobraron las Organizaciones Pagés en casi toda España. Aquel hombre dinámico, emprendedor, que conocía cuantos secretos puede tener la fiesta, se rodeó de personas entendidas de la materia que trabajaron junto a él. De éstos era Manolo Bel-

monte, hoy albacea testamentario con los señores Argomániz y Martín. Y nuestra primera pregunta fué dirigida respecto a lo acordado en las reuniones celebradas en Madrid.

—¿Se ha quedado usted con la gerencia de la Maestranza?— preguntamos a Belmonte.

—De momento, no existe nada en firme. Vino conmigo el administrador de la Plaza, señor Ruiz, y marchamos, eso sí, para cambiar impresiones con los propietarios. Harán proposiciones para la próxima temporada y las estudiaremos conjuntamente.

—¿Piensan entonces seguir explotando el negocio?

—Eso se decidió por los herederos del señor Pagés. Únicamente cambiará el nombre, llamándose, en lo sucesivo, Empresa Pagés por deseo expreso de su familia. Mientras los contratos continúen en vigor, ellos piensan seguir organizando corridas, como antes lo hizo Eduardo Pagés.

—¿Con usted al frente?

—Me encargaron de gestiones. Pero todo quedará como antaño, a fin de que la marcha sea perfecta y los negocios no se quebranten lo más mínimo. Yo tenía a mi cargo la organización de la temporada sevillana, a excepción de las corridas de la feria. Al fallecer el señor Pagés, asumo esta responsabilidad, aunque con él colaboraba igualmente en la organización de las corridas de abril.

—¿Proyectos para el porvenir?



«Por ahora, ningún proyecto. Sería adelantar acontecimientos...», dice Manolo Belmonte

—Por ahora, ninguno. Primero, terminar las conversaciones de esas organizaciones para entrar seguidamente de lleno. Es pronto todavía, pues no nos olvidemos que está reciente la terminación de la temporada y nadie se mueve aún para la próxima.

LA SEQUIA HA RETARDADO LA COMPRA DE GANADO

Este punto tiene doble interés. Cuanto diga Belmonte de su colaboración con la Empresa madrileña para la compra de toros, aclarará algunos comentarios de estos días sobre el abandono que denotan las actividades de quienes tienen la misión de asegurar las corridas.

—¿Ya tendrá usted ganado para la feria sevillana?

—Aun no...

—¿Y para Madrid recibió algún encargo?

—Espero órdenes. Ahora que yo les aconsejé que esperaran, debido a que la sequía en los pastos tenía preocupados a los ganaderos. Ya que, seguramente, la Empresa de Madrid es la que está en mejores condiciones que el resto...

El año pasado, sin pensamiento de lidiarlas, compré diez corridas de toros en Andalucía, las cuales están en los prados que poseen junto a la finca de Ortega.

LO MEJOR IRA A LA FERIA...

La marcha de las principales figuras a Méjico impide hacer cábalas. Porque es muy probable que los ases de la baraja taurina no lleguen a tiempo para actuar en marzo y abril.

—¿Ha contratado a algunos antes de su marcha?

—He tenido una conversación con Andrés Gago, que marcha para Lima. Al unirse a Camará en aquella capital, me comunicarán ambos si puedo contar con Arruza y Manolete. Y entonces dará comienzo la labor en hacer carteles de algún interés.

JOSE CARRASCO



El ex matador sevillano pasea por Madrid, acompañado de Rafael Albacín y el administrador de la Maestranza, señor Ruiz (Fotos Manzano)



Marcial Lalanda en el momento de dar lectura a unas cuartillas agradeciendo el homenaje



Las palabras del banderillero Rabadán fueron en el acto un rasgo de emoción y sencillez



Amigos y favorecidos de Marcial abrazan y estrujan al ex presidente, como muestra de afecto

**EL HOMENAJE
A MARCIAL
LALANDA
POR SU
ACTUACION
AL FRENTE DEL
MONTEPIO
DE TOREROS**



Rodeado de subalternos, que fueron en el acto la tracción más numerosa, Marcial ríe satisfecho



Un aspecto del salón donde se reunieron amigos y favorecidos de Marcial durante la comida celebrada

Al final de la comida, los asistentes reclaman de Marcial y Vicente Pastor los consabidos autógrafos



Marcial Lalanda y Vicente Pastor, dos presidentes del Montepío de los más queridos, rodeados de un grupo de afiliados

Todo el mundo que asiste al acto tiene algo que decir a Marcial, el cual atiende solícito a todos. (Fots. Zarco y Baldomero)





ENRIQUE
SEGURA

La "espantá"
(Dibujo de Enrique Segura)



Toreros célebres: Juan Ruiz, Lagartija
(Dibujo de Enrique Segura)